GEORGE ORWELL

La corrupción del lenguaje

Ensayos sobre propaganda, mentira y manipulación en la política

PÁGINA INDÓMITA

Eric Arthur Blair (Motihari, India, 1903 – Londres, 1950), conocido como **George Orwell,** fue un novelista, periodista, ensayista y crítico literario inglés que adquirió renombre por su crítica social, su defensa del socialismo democrático y su oposición al totalitarismo.

Hijo de un funcionario colonial británico en la India, se educó en Inglaterra, adonde su familia había regresado en torno a 1911. Tras dejar Eton, se unió a la Policía Imperial en Birmania, entonces colonia británica, pero después de una estancia en Inglaterra renunció a su puesto en 1928 y pasó una temporada en el East End de Londres y en París, sobreviviendo a base de trabajos mal pagados. En 1934 publicó su primera novela, *Los días de Birmania*, que le valió cierto reconocimiento literario. Dos años más tarde, en 1936, viajó al norte de Inglaterra para escribir sobre la pobreza de los mineros desempleados y, a finales de año, cruzó la frontera española para unirse a las milicias republicanas y luchar en la guerra civil. Tras ser herido en Teruel, se vio obligado a huir de Barcelona cuando los comunistas respaldados por la Unión Soviética intentaron eliminar a los disidentes socialistas revolucionarios, experiencia que lo convirtió en un antiestalinista de por vida. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, fue rechazado para el servicio militar, de modo que se encargó del Servicio Indio de la BBC, puesto que dejó en 1943 para ser editor literario de *Tribune*. En los siguientes años se convirtió en un periodista prolífico y escribió sus libros más célebres.

Entre sus obras destacan *Sin blanca en París y Londres* (1933), *Los días de Birmania* (1934), *La hija del clérigo* (1935), *Que no muera la aspidistra* (1936), *El camino a Wigan Pier* (1937), *Subir a por aire* (1939), *Homenaje a Cataluña* (1938), *Rebelión en la granja* (1945) y *1984* (1949).

GEORGE ORWELL

LA CORRUPCIÓN DEL LENGUAJE

ENSAYOS SOBRE PROPAGANDA, MENTIRA Y MANIPULACIÓN EN LA POLÍTICA

Traducción de
Roberto Ramos Fontecoba

PÁGINA INDÓMITA

Títulos originales:
«The English Language» (en *The English People)*,
«As I Please» (17 de marzo de 1944),
«Propaganda and Demotic Speech», *«Politics and the English Language»*
y *«The Principles of Newspeak»* (en *1984)*

© de la traducción, Roberto Ramos Fontecoba
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: diciembre de 2023
Segunda reimpresión: diciembre de 2024

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-126489-6-6
Depósito legal: C-1589-2023

ÍNDICE

Nota a la presente edición 9

LA CORRUPCIÓN DEL LENGUAJE

La lengua inglesa 15
Lenguaje panfletario 33
Propaganda y lenguaje coloquial 41
La política y la lengua inglesa 59
Principios de la neolengua 89

Índice onomástico

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Lo que el totalitarismo destruye es esta base común de acuerdo [la aceptación de la existencia de unos hechos neutros, de una verdad fáctica], junto con su implicación de que todos los seres humanos formamos parte de una misma especie. De hecho, las teorías nazis niegan específicamente que exista tal cosa como «la verdad». Por ejemplo, no existe «la ciencia», sino tan solo la «ciencia alemana», la «ciencia judía», etc. El objetivo implícito de esta corriente de pensamiento es un mundo de pesadilla en el que el Líder, o alguna camarilla gobernante, controla no solo el futuro, sino también el pasado. Si el Líder dice que este o aquel hecho «jamás ha tenido lugar», entonces jamás ha tenido lugar. Si dice que dos y dos son cinco, entonces dos y dos son cinco. Esta perspectiva me asusta mucho más que las bombas —y, tras nuestras experiencias de los últimos años, no es esta una afirmación frívola.

GEORGE ORWELL,
Una mirada retrospectiva a la guerra de España

Al final, el Partido anunciaría que dos más dos son cinco, y tendrías que creerlo. Era inevitable que tarde o temprano ellos hiciesen esa afirmación: la lógica de su posición así lo exigía. Su filosofía negaba tácitamente no solo la validez de la experiencia, sino también la existencia misma de la realidad externa. El sentido común constituía la mayor de las herejías. Y lo aterrador no era que te mataran por pensar lo contrario, sino la posibilidad de que estuvieran en lo cierto. Porque, al fin y al cabo, ¿cómo sabemos que dos y dos son cuatro? ¿O que opera la fuerza de gravedad? ¿O que el pasado es inmutable? Si tanto el pasado como el mundo externo existen solo en la mente, y si la mente misma puede ser sometida a control, entonces, ¿qué?

Id., 1984

En el año 2050 (probablemente antes), habrá desaparecido todo verdadero conocimiento de la vieja lengua. Toda la literatura del pasado habrá sido destruida. Chaucer, Shakespeare, Milton, Byron... existirán únicamente en versiones en la neolengua, transformados no ya en algo distinto, sino en algo opuesto a lo que una vez fueron. Incluso la literatura del Partido cambiará. Hasta los eslóganes cambiarán. ¿Cómo va a

> existir un eslogan del tipo «la libertad es esclavitud» cuando el concepto mismo de libertad ha sido abolido? Toda la atmósfera del pensamiento será diferente. De hecho, no habrá pensamiento tal como lo entendemos hoy. La ortodoxia significa no pensar, no necesitar pensar. La ortodoxia es inconsciencia.
>
> *Ibid.*

En su obra ensayística y narrativa, George Orwell abordó en diversos momentos el estrecho vínculo existente entre la degradación del lenguaje, por un lado, y, por otro, la propaganda, la mentira y la manipulación política, que hallan su máxima expresión en los regímenes autoritarios y totalitarios.

Siguiendo ese hilo conductor, reunimos en este volumen los principales textos del autor sobre la materia, entre los que destacan «La política y la lengua inglesa» y el escrito sobre la neolengua publicado como apéndice de *1984*. En ellos, Orwell se nos revela como uno de los máximos exponentes de la búsqueda de la verdad, la objetividad y la verificación, y nos muestra que un lenguaje común, claro y con normas aceptadas y comprendidas resulta indispensable para una verdadera democracia abierta.

El origen de los textos es el que se detalla a continuación:

— «La lengua inglesa» consiste en un epígrafe del ensayo *The English People*, encargado por la editorial Collins en 1943 para la colección «Britain in Pictures» y escrito por el autor en 1944. Fue publicado originalmente en agosto de 1947.
— «Lenguaje panfletario» vio la luz en *Tribune* el 17 de marzo de 1944, dentro de la serie que el autor escribió entre 1943 y 1947 bajo el título de «As I Please».
— «Propaganda y lenguaje coloquial» fue publicado en la revista *Persuasion* en el verano de 1944.
— «La política y la lengua inglesa» vio la luz en la revista *Horizon* en abril de 1946.
— «Principios de la neolengua», como ya se ha dicho, es un apéndice de la célebre novela *1984*, escrita por Orwell en 1948 y publicada por la editorial Secker & Warburg en junio de 1949.

La antología que aquí presentamos pone de relieve la gran lucidez y el carácter visionario del autor, quien resulta imprescindible para comprender nuestro tiempo. Como observa Christopher Hitchens en

Por qué es importante Orwell, obra publicada también por Página Indómita:

> Él, a través de su compromiso con el lenguaje como compañero de la verdad, nos mostró que las «opiniones» en realidad no cuentan; que lo importante no es lo que se piensa, sino *cómo* se piensa; y que la política tiene una trascendencia relativa, mientras que los principios logran perdurar, al igual que lo hacen los pocos individuos irreductibles que se mantienen fieles a ellos.

En esta edición, ofrecemos al lector una nueva traducción al español de los textos que ya habían sido vertidos a nuestra lengua. Las notas, salvo donde se indica lo contrario, son del traductor y editor.

LA LENGUA INGLESA

El idioma inglés tiene dos características sobresalientes a las que se pueden atribuir en última instancia la mayoría de sus peculiaridades. Dichas características son un vocabulario muy rico y una gramática sencilla.

El vocabulario inglés, si no es el más amplio del mundo, está sin duda entre los más ricos. Nuestro idioma consiste en realidad en dos lenguas, el anglosajón y el normando de origen francés, y durante los últimos tres siglos se ha visto enormemente enriquecido con nuevas palabras creadas de manera deliberada a partir de raíces latinas y griegas. Pero a ello hay que añadirle que el vocabulario se vuelve mucho más amplio de lo que parece gracias a la práctica de convertir una clase de palabras en otra. Por ejemplo, casi cualquier sustantivo se puede utilizar como verbo; esto, en efecto, proporciona una gama extra de verbos, de modo que contamos con *knife* además de *stab*

(acuchillar, en ambos casos), *school* además de *teach (enseñar), fire* además de *burn (quemar),* etcétera. Y a ciertos verbos se les pueden dar hasta veinte significados distintos simplemente añadiéndoles una preposición —tal es el caso, por ejemplo, de *get out of, get up, give out* o *take over*—. Asimismo, los verbos también pueden transformarse con considerable libertad en sustantivos, y mediante el empleo de sufijos como *-y, -ful, -like*, cualquier sustantivo puede convertirse en un adjetivo. Con mayor libertad también que en la mayoría de los idiomas, los verbos y adjetivos pueden transformarse en sus antónimos mediante el prefijo *un-*. Y se puede enfatizar o dar un nuevo giro a los adjetivos ligándolos a un sustantivo; por ejemplo, *lily-white, sky-blue, coal-black, iron-hard* (respectivamente *blanco como la azucena, azul cielo, negro como el carbón, férreo).*

Pero el inglés es también, y en medida innecesaria, una lengua de préstamos. Adopta fácilmente cualquier palabra extranjera que parezca satisfacer una necesidad, alterando a menudo su significado. Un ejemplo reciente es la palabra *blitz (rayo o relámpago* en alemán y *bombardeo* en inglés). Como verbo, esta palabra no apareció impresa hasta finales de 1940, pero ya se ha convertido en parte de nuestra lengua.

Otros ejemplos del vasto arsenal de préstamos son *garage, charabanc, alias, alibi, steppe, thug, role, menu, lasso, rendezvous, chemise* (de manera respectiva *garaje o taller, charabán, alias, coartada o excusa, estepa, matón, rol, menú, lazo, cita, camisa).* Obsérvese que en la mayoría de los casos ya existe un equivalente en inglés, de modo que el préstamo se suma al ya amplio acervo de sinónimos.

La gramática inglesa es sencilla. El idioma carece casi por completo de inflexiones, una peculiaridad que lo distingue de casi todas las lenguas al oeste de China. Cualquier verbo regular en inglés tiene solo tres flexiones: la tercera persona del singular, el participio de presente y el participio de pasado. Así, el verbo *kill* consiste simplemente en *kill, kills, killing* y *killed*. Hay, por supuesto, una gran riqueza de tiempos verbales, de significado muy sutil, pero se forman mediante el uso de auxiliares que apenas se flexionan. *May, might, shall, will, should, would* no se flexionan en absoluto, excepto en la obsoleta segunda persona del singular. El resultado es que todas las personas gramaticales de todos los tiempos de un verbo como *kill* pueden expresarse en solo unas treinta palabras, incluidos los pronombres, o en unas cuarenta si se incluye la segunda persona del singular. El nú-

mero correspondiente en francés, por ejemplo, rondaría las doscientas. Y en inglés existe la ventaja añadida de que los auxiliares empleados para formar los tiempos verbales son los mismos en todos los casos.

En nuestra lengua no existe la declinación de sustantivos y no hay diferencias de género. Tampoco hay muchos plurales o comparativos irregulares. Además, la tendencia es siempre hacia una mayor simplicidad, tanto en la gramática como en la sintaxis. Las oraciones largas con cláusulas dependientes se vuelven cada vez más impopulares; ganan terreno las formaciones irregulares que ahorran tiempo, como el «subjuntivo americano» *(it is necessary that you go* en vez de *it is necessary that you should go)*, y se ignoran cada vez más las reglas difíciles, como las relativas a la diferencia entre *shall* y *will*, o *that* y *which*. Si el inglés continúa desarrollándose en la línea actual, terminará teniendo más en común con las lenguas sin inflexiones de Asia Oriental que con las de Europa.

La principal cualidad del inglés radica en la enorme variedad no solo de su significado, sino también de su tono. Son infinitas las sutilezas, y cabe desde la retórica más altisonante hasta la mayor grosería. Por otro lado, su simple gramática hace que resulte fácil la brevedad. Es el lenguaje de la poesía lírica, pero

también de los titulares. En sus niveles inferiores es muy fácil de aprender, a pesar de la falta de lógica de su ortografía. Con fines internacionales, es posible reducirlo a una especie de lengua franca muy simple, como ocurre con el bislama, la lengua criolla melanesia derivada del inglés. Por lo tanto, es muy adecuado como lengua franca mundial; de hecho, su uso se ha extendido más que el de cualquier otro idioma.

Pero hablar inglés como lengua materna también tiene sus grandes desventajas, o al menos sus grandes peligros. Para empezar, los ingleses somos muy malos lingüistas. Nuestra lengua es gramaticalmente tan simple que, a menos que nos hayamos disciplinado aprendiendo una lengua extranjera en la infancia, solemos ser incapaces de comprender lo que se entiende por género, persona y caso gramaticales. Un indio completamente analfabeto aprenderá inglés en mucho menos tiempo del que necesita un soldado británico para aprender hindi. Casi cinco millones de indios saben leer y escribir en inglés, y millones más lo hablan con mayor o menor fortuna. Hay decenas de miles de indios que hablan nuestra lengua de la forma más perfecta posible; sin embargo, el número de ingleses que hablan perfectamente cualquier idioma de la India no pasa de unas pocas decenas. Sea como fuere, la gran

debilidad del inglés radica en su capacidad de degradación. Debido a que es tan fácil emplearlo, es muy fácil hacerlo mal.

Escribir en inglés, incluso hablarlo, no es una ciencia, sino un arte. No existen normas fiables, sino tan solo el principio general de que las palabras concretas son mejores que las abstractas, y de que la forma más breve de decir algo es siempre la mejor. La mera corrección no es garantía alguna de una buena redacción. Una frase como *«an enjoyable time was had by all present» («todos los presentes pasaron un rato agradable»)* es un inglés perfectamente correcto, al igual que lo es el ininteligible lío de palabras del documento de la declaración de la renta. Quien escribe en inglés está envuelto en una lucha que no cesa ni siquiera durante una frase. Ha de combatir la vaguedad, la oscuridad, la tentación del adjetivo decorativo, la invasión del latín y el griego y, sobre todo, las frases hechas y las metáforas manidas que abarrotan nuestra lengua. Al hablar, estos peligros se evitan con mayor facilidad, pero en inglés el lenguaje oral y el escrito difieren de manera más marcada que en la mayoría de los idiomas. En el lenguaje oral se omite toda palabra que puede omitirse y se emplean todas las abreviaturas posibles. El significado se transmite en gran me-

dida mediante el énfasis, aunque, curiosamente, los ingleses no gesticulamos como cabría esperar que lo hiciéramos. Una frase como *«No, I don't mean that one, I mean that one» («No, no me refiero a ese, sino a ese»)* es perfectamente inteligible cuando se la pronuncia en voz alta, incluso sin hacer un solo gesto. Pero el inglés oral, cuando intenta ser solemne y lógico, suele adquirir los vicios del inglés escrito, como se puede comprobar pasando media hora en la Cámara de los Comunes o en el Marble Arch.

El inglés se ve particularmente afectado por las jergas. Médicos, científicos, empresarios, funcionarios, deportistas, economistas y teóricos políticos pervierten cada uno a su manera el lenguaje, y esta corrupción puede observarse en determinadas publicaciones, desde *The Lancet* hasta el *Labour Monthly*. Pero probablemente el enemigo más mortal del buen lenguaje es el llamado «inglés estándar». Este triste dialecto, el lenguaje de los editoriales, los documentos gubernamentales, los discursos políticos y los boletines de noticias de la BBC, se está extendiendo; sin duda alguna, se extiende hacia abajo en la escala social y hacia afuera, hacia el lenguaje que se habla en la calle. Se caracteriza por su dependencia de las expresiones prefabricadas —«a su debido tiempo»,

«aprovechar la primera oportunidad», «respuesta en sentido afirmativo», «explorar todas las vías», «con el más profundo pesar», etc.—, expresiones que en su momento pueden haber sonado originales y vívidas, pero que hoy se han convertido en meros recursos para ahorrarnos la tarea de pensar, y que guardan con el inglés vivo la misma relación que una muleta tiene con una pierna. Cualquiera que prepara una emisión de radio o que escribe para *The Times* adopta casi instintivamente este tipo de lenguaje, que también infecta la lengua hablada. Nuestro lenguaje se ha corrompido tanto que la estúpida cháchara que Swift ridiculiza en su ensayo sobre la conversación educada —una sátira sobre la forma de hablar de la clase alta de la época— constituiría hoy una buena conversación, según los estándares modernos.

La presente decadencia de la lengua inglesa se debe, como tantas otras cosas, a nuestro anacrónico sistema de clases. El lenguaje «educado» se ha vuelto anémico porque hace ya mucho tiempo que no se ve revitalizado desde abajo. Las personas más propensas a emplear un lenguaje concreto y sencillo, y a pensar en metáforas que realmente evocan una imagen visual, son aquellas que se hallan en contacto con la realidad física. Una útil expresión como *bottleneck*

(embotellamiento), por ejemplo, probablemente se le ocurriría a alguien acostumbrado a lidiar con cintas transportadoras. Y la vitalidad del inglés depende de un continuo suministro de imágenes de este tipo. De lo cual se sigue que la lengua, al menos la inglesa, sufre cuando las clases educadas pierden contacto con los trabajadores manuales. Tal como están las cosas hoy, casi todos los ingleses, sea cual fuere su origen, consideran inferior la manera de hablar de la clase trabajadora, e incluso sus modismos. El *cockney,*[1] la jerga más extendida, es también la más despreciada de todas. Cualquier palabra o expresión supuestamente *cockney* se considera vulgar, incluso cuando, como ocurre a veces, no es más que un arcaísmo. Un buen ejemplo lo constituye la negación *ain't,* hoy abandonada en favor de la forma mucho más débil *aren't:* hace ocho décadas era una fórmula considerada correcta, y la reina Victoria habría dicho *ain't*.

Durante las últimas cuatro décadas, sobre todo durante los últimos doce años, nuestra lengua ha bebido en gran medida del inglés americano, mientras

1. La jerga del East End londinense, históricamente asociada a la clase trabajadora.

que este no ha mostrado tendencia alguna a tomar prestadas expresiones del inglés británico. La razón de ello es en parte política. El sentimiento antibritánico en los Estados Unidos es mucho más fuerte que el sentimiento antiamericano en Inglaterra, y a la mayoría de los estadounidenses no les gusta emplear una palabra o frase que saben que es británica. Pero su inglés ha ganado terreno en nuestro país en parte debido a la calidad vívida, casi poética, de su jerga, en parte porque ciertos usos estadounidenses ahorran tiempo (por ejemplo, la formación de verbos añadiendo *-ise* a un sustantivo) y, sobre todo, porque uno puede adoptar una palabra estadounidense sin cruzar una barrera de clase. Desde el punto de vista británico, las expresiones americanas no tienen etiquetas de clase. Y esto se aplica incluso a la jerga de los delincuentes. Palabras como *stooge (títere)* y *stool-pigeon (soplón)* se consideran mucho menos vulgares que *nark (soplón,* de nuevo). Es más, un inglés muy esnob probablemente no tenga inconveniente en llamar a un policía *cop*, expresión americana, pero se opondrá a llamarlo *copper,* expresión empleada por la clase trabajadora británica. Por otro lado, para las clases trabajadoras el uso de americanismos es una forma de escapar del *cockney* sin adoptar el dia-

lecto de la BBC, que instintivamente les disgusta y no pueden dominar con facilidad. De ahí que, sobre todo en las grandes ciudades, los niños de clase trabajadora utilicen ahora la jerga estadounidense desde el momento en que aprenden a hablar. Y se da una notable tendencia a emplear palabras estadounidenses incluso cuando no son jergales y ya existe un equivalente en inglés británico; por ejemplo, *car* por *tram, escalator* por *moving staircase, automobile* por *motor car.*

Este proceso probablemente continuará durante algún tiempo. No se puede frenarlo simplemente protestando contra él, y, en cualquier caso, vale la pena adoptar muchas palabras y expresiones estadounidenses. Algunas son neologismos necesarios, otras —por ejemplo, *fall* en lugar de *autumn (otoño,* en ambos casos)— son términos antiguos que jamás deberíamos haber abandonado.

Pero deberíamos ser conscientes de que, en general, el inglés americano es una mala influencia y ya ha tenido un efecto corruptor. Para empezar, tiene algunos de los defectos del inglés británico de forma exagerada. La intercambiabilidad de diferentes partes del discurso se ha llevado aún más lejos, la distinción entre verbos transitivos e intransitivos tiende a fallar

y se emplean muchas palabras que no tienen significado alguno. Por ejemplo, mientras que el inglés británico modifica el significado de un verbo añadiéndole una preposición, la tendencia estadounidense es cargar cada verbo con una preposición que no añade nada a su significado —*win out, lose out, face up to,* etc. *(ganar, perder, afrontar)*—. Por otra parte, el inglés americano ha roto más completamente que el británico con el pasado y con las tradiciones literarias. No solo produce palabras como *beautician, moronic* y *sexualise (esteticista, idiota* y *sexualizar),* sino que a menudo reemplaza palabras esenciales fuertes por eufemismos débiles. Por ejemplo, muchos estadounidenses parecen considerar casi inmencionables la palabra *death (muerte)* y varias otras que la acompañan —*corpse, coffin, shroud (cadáver, ataúd, sudario)*—. Pero, sobre todo, adoptar la lengua americana de todo corazón probablemente significaría una enorme pérdida de vocabulario. Porque aunque produce discursos vívidos e ingeniosos, es terriblemente pobre en lo que atañe a los nombres de los objetos naturales y las localizaciones. Incluso las calles de las ciudades estadounidenses suelen conocerse por números en lugar de por nombres. Si realmente quisiéramos modelar nuestra lengua según el

inglés americano, tendríamos que sustituir, por ejemplo, los términos *mariquita, típula, mosca de sierra, barquero de agua, abejorro, grillo, escarabajo del reloj de la muerte* y muchos otros por el inexpresivo *insecto.* Perderíamos los nombres poéticos de nuestras flores silvestres y también, probablemente, nuestra costumbre de nombrar cada calle, pub, terreno, camino y loma. En la medida en que se adopte lo americano, esa es la tendencia. Quienes toman su lenguaje de las películas o de publicaciones como *Life* y *Time* siempre prefieren la palabra ingeniosa que ahorra tiempo a la que tiene una historia detrás. En cuanto al acento, es dudoso que el americano tenga la superioridad que hoy está de moda atribuirle. Sin duda, el acento inglés «educado», producto de los últimos treinta años, es lamentable y probablemente termine siendo abandonado, pero cualquier persona inglesa habla con tanta claridad como el estadounidense medio. La mayoría de los ingleses confunden los sonidos de las vocales, pero la mayoría de los estadounidenses se tragan las consonantes. Por ejemplo, muchos americanos pronuncian *water* como si no tuviese una t, o incluso como si no tuviese ninguna consonante excepto la w. En general, tenemos motivos justificados para contemplar con recelo el in-

glés americano. Deberíamos estar dispuestos a tomar prestadas sus mejores palabras, pero no deberíamos permitir que modifique la estructura real de nuestra lengua.

Sea como fuere, no hay posibilidad de resistir a la influencia estadounidense a menos que podamos dar nueva vida al propio inglés británico. Y es difícil hacerlo mientras se impide que las palabras y los modismos circulen libremente entre todos los sectores de la población. A los ingleses de todas las clases les resulta natural expresar incredulidad empleando la expresión jergal americana *sez you (¡qué va!, ¡para nada!, lo dudo, etc.).* Muchos incluso afirman con buena fe que *sez you* no tiene equivalente en inglés británico. En realidad, tiene unos cuantos, como *not half, I don't think, come off it, less of it, and then you wake up* o simplemente *garn.* Pero la mayoría de ellas se consideran vulgares: nunca encontraremos una expresión como *not half* en un editorial del *Times,* por ejemplo. Y, por otro lado, muchas palabras abstractas necesarias, sobre todo las que provienen del latín, son rechazadas por la clase trabajadora porque le suenan a escuela privada, remilgadas y amaneradas. El lenguaje debería ser una creación conjunta de poetas y trabajadores manuales, y en la Inglaterra moderna es

difícil que estas dos clases se mezclen. Cuando vuelvan a hacerlo (como, de una manera distinta, lo hacían en el pasado feudal), el inglés mostrará con mayor claridad que hoy su parentesco con la lengua de Shakespeare y Defoe.

LENGUAJE PANFLETARIO

Sin poder hacer efectivos mis decretos, pero con tanta autoridad como la mayoría de los «gobiernos» hoy en el exilio, refugiados en diversas partes del mundo, sentencio a muerte las siguientes palabras y expresiones: *talón de Aquiles, cabeza de la hidra, bota militar, pisotear, apuñalar por la espalda, pequeñoburgués, cadáver en descomposición, liquidar, talón de hierro, opresor con las manos manchadas de sangre, traición cínica, lacayo, perro rabioso, chacal, hiena, baño de sangre.*

Esta lista tendrá que ampliarse de vez en cuando, no cabe duda, pero de momento nos servirá. Contiene una apropiada selección de las metáforas muertas y las frases extranjeras mal traducidas que han predominado en la literatura marxista durante los últimos años. Por supuesto, existen muchas otras perversiones del idioma inglés además de esta. Tenemos el inglés oficial

o de traje de raya diplomática, el lenguaje de los documentos oficiales, de los debates parlamentarios (en sus momentos más decorosos) y de los boletines de noticias de la BBC. Luego están los científicos y los economistas, con su instintiva preferencia por palabras como *contraindicar* y *desregionalización.* Tenemos la jerga americana, que a pesar de su atractivo probablemente acabe empobreciendo la lengua a largo plazo. Y no olvidemos la dejadez general del habla inglesa moderna, con su tendencia a hacer que los verbos y los sustantivos sean intercambiables, y con su pobre vocalización (en Londres hay que recurrir al lenguaje de signos para distinguir entre expresiones similares). Pero aquí me preocupa solo una variante del mal inglés, el inglés marxista o panfletario, que se puede estudiar en el *Daily Worker*, el *Labour Monthly*, *The Plebs*, *The New Leader* y periódicos similares.

Muchas de las expresiones empleadas en la literatura política son simplemente eufemismos o trucos retóricos. Por ejemplo, *liquidar* o *eliminar* son formas educadas de referirse a *matar,* mientras que *realismo* significa generalmente *deshonestidad.* Pero la peculiaridad de la fraseología marxista radica en que consiste sobre todo en expresiones traducidas. Su vocabulario

característico proviene en última instancia de frases alemanas o rusas que han sido adoptadas en un país tras otro, sin que se haya intentado encontrar equivalentes adecuados. Por ejemplo, aquí tenemos un escrito marxista, una alocución a los ejércitos aliados por parte de los ciudadanos de Pantelaria,[1] quienes

> rinden un agradecido homenaje a las fuerzas angloamericanas por la rapidez con la que estas los han liberado del perverso yugo de un régimen megalómano y satánico, el cual, no contento con haber succionado como un monstruoso pulpo la energía de los verdaderos italianos durante veinte años, está reduciendo Italia a un amasijo de ruinas y miseria con un solo fin: el demente lucro de sus jefes, quienes, bajo una máscara de un supuesto patriotismo, ocultan las pasiones más bajas y, conjurados con los piratas alemanes, promueven el egoísmo y la conducta más viles, mientras con repugnante cinismo pisotean la sangre de miles de italianos.

Este indigesto guiso de palabras probablemente sea una traducción del italiano, pero lo esencial aquí

1. Isla italiana situada al suroeste de Sicilia.

es que uno no lo reconocería como tal. Podría ser una traducción de cualquier otro idioma europeo, o podría salir directamente del *Daily Worker*, porque este estilo de escritura es verdaderamente internacional. Se caracteriza por el uso interminable de metáforas fáciles y convenientes. Con el mismo espíritu, cuando los submarinos italianos hundían los barcos que llevaban armas a la España republicana, el *Daily Worker* instó al Almirantazgo británico a «barrer de los mares a esos perros rabiosos». No cabe duda de que las personas capaces de usar tales frases han olvidado que las palabras tienen significados.

Un amigo ruso me ha dicho que su lengua es más rica que el inglés en expresiones insultantes, de modo que las invectivas rusas no siempre pueden traducirse con exactitud. Así, cuando Mólotov insultó a los alemanes y, según la traducción, los llamó «caníbales», quizá empleó alguna palabra que sonaba natural en ruso y de la que «caníbal» no es más que una traducción aproximada. Pero nuestros comunistas patrios han adoptado, del difunto *Inprecor*[2] y de fuentes similares, toda un serie de estas frases traducidas bur-

2. Publicación marxista lanzada por la Internacional Comunista o Comintern tras la Revolución rusa. Fue cerrada en 1938.

damente, y, debido a la fuerza de la costumbre, han terminado pensando que se trata de verdaderas expresiones inglesas. En lo que a insultos se refiere, el vocabulario comunista (aplicado ora a fascistas, ora a socialistas, según cuál sea la «línea» marcada en ese momento) incluye términos como *hiena, cadáver, lacayo, pirata, verdugo, vampiro, perro rabioso, criminal* y *asesino.* Todos estos términos son fruto de traducciones directas o indirectas, pues ningún inglés los usa de manera natural para expresar su desaprobación. Este tipo de lenguaje es empleado con una sorprendente indiferencia por su significado. Si le preguntamos a un periodista a qué se refiere cuando emplea la expresión «bota militar», descubriremos que no lo sabe. Sin embargo, sigue hablando de botas militares. Y lo mismo vale para la expresión *pisotear:* en este contexto, muy pocas personas saben cuál es su significado. Es más, por mi experiencia, debo decir que muy pocos socialistas conocen el significado de la palabra *proletariado.*

Un ejemplo del peor lenguaje marxista es el término *lacayo.* La Rusia prerrevolucionaria era todavía un país feudal, cuyo tejido social estaba compuesto por hordas de siervos ociosos. En ese contexto, el término *lacayo* tenía sentido como insulto. Pero en In-

glaterra el paisaje social es distinto. La última vez que vi a alguien con librea, alguien que era un lacayo y no un funcionario, fue en 1921. De hecho, en el habla corriente, la palabra *lacayo* cayó en desuso hace medio siglo o más. Sin embargo, esta y otras palabras igualmente inapropiadas han sido desenterradas con fines panfletarios. El resultado es una prosa que guarda con el verdadero inglés escrito la misma relación que un rompecabezas guarda con un cuadro. Es solo cuestión de juntar una serie de piezas prefabricadas. Simplemente hay que hablar de una hidra cuyas botas militares aplastan a hienas manchadas de sangre, y listo. Para confirmarlo, basta con echar un ojo a cualquier panfleto publicado por el Partido Comunista o, de hecho, por cualquier otro partido político.

PROPAGANDA
Y LENGUAJE COLOQUIAL

Cuando partí de Inglaterra hacia Marruecos a finales de 1938, algunos en mi pueblo (cerca de Londres) me preguntaron si había que cruzar el mar para llegar allí. En 1940, durante la campaña africana del general Wavell,[1] descubrí que la mujer a la que yo le compraba mis raciones pensaba que la Cirenaica[2] estaba en Italia. Y hace un año o dos, un amigo mío dio una charla de la ABCA[3] a las integrantes del servicio femenino del Ejército Británico, tras lo cual llevó a cabo el ex-

1. Archibald Percival Wavell (1883-1950), el comandante de las tropas británicas durante la Campaña del Norte de África en la Segunda Guerra Mundial.

2. Región de la Libia actual.

3. Acrónimo de Army Bureau of Current Affairs, organización destinada a promover el debate entre los soldados sobre los asuntos de actualidad, especialmente los relacionados con la guerra.

perimento de hacerles unas cuantas preguntas de cultura general. Entre las respuestas que recibió estaban las siguientes: *a)* el Parlamento británico solo tiene seis miembros, y *b)* la capital de la India es Singapur. Huelga ofrecer más ejemplos de este tipo de cosas. Menciono estos simplemente como un recordatorio preliminar de la ignorancia que ha de tenerse en cuenta en cualquier discurso o escrito dirigido a un gran público.

Cuando examinamos los folletos y documentos oficiales del gobierno, o los artículos principales en los periódicos, o los discursos de los políticos, o los panfletos y manifiestos de cualquier partido político, lo que casi siempre llama la atención es cuán alejados se hallan del hombre corriente. No es ya que den por sentados en tal hombre unos conocimientos inexistentes, pues a menudo es acertado y necesario abordar así el asunto, sino que parecen evitar instintivamente el lenguaje claro, popular y cotidiano. La jerga exangüe de los portavoces del gobierno (con expresiones características como «a su debido tiempo», «no dejaremos piedra sin remover», «aprovechar la primera oportunidad», «respuesta en sentido afirmativo») es demasiado conocida como para que valga la pena detenerse en ella. Los editoriales periodísticos están es-

critos en esa misma jerga o en un estilo rimbombante y ampuloso, en el que se tiende a recurrir a expresiones ligeramente arcaicas *(señorío, gallardía, lance, ventura, coadjutor, vindicta, felón, fortín, baluarte, bastión)* que a ninguna persona normal se le ocurre emplear. Los partidos políticos de izquierda se especializan en un vocabulario espurio, formado por expresiones rusas y alemanas traducidas con la máxima torpeza. Es más, los carteles, folletos y emisiones de radio destinados a dar instrucciones, aquellos en los que se le dice a la gente qué hacer en determinadas circunstancias, no suelen lograr su objetivo. Por ejemplo, durante los primeros bombardeos sufridos por Londres, se descubrió que incontables personas no sabían distinguir entre la sirena de alerta y la que ponía fin a dicha alerta. Los carteles informativos habían descrito la primera como un «gorjeo», palabra que no fue de gran ayuda, ya que las sirenas antiaéreas no gorjean, y pocas personas atribuyen un significado definitivo a esa expresión.

Cuando, en los primeros meses de la guerra, Sir Richard Acland[4] estaba redactando un manifiesto

4. Richard Thomas Dyke Acland (1906-1990), político británico que fue cofundador del Common Wealth Party en la Segunda Guerra Mundial, y que militó también en el Partido Liberal y en el Partido Laborista.

para presentarlo al gobierno, contrató a un escuadrón de observadores de las masas para descubrir qué significado atribuía el hombre común, si es que atribuía alguno, a esas resonantes palabras abstractas que los políticos se arrojan mutuamente. Salieron entonces a la luz los malentendidos más increíbles. Por ejemplo, se descubrió que la mayoría de las personas no saben que «inmoralidad» no solo significa inmoralidad sexual. Un hombre pensaba que la expresión «movimiento» hacía referencia a la constipación de vientre. Y cualquiera que pase una noche en un pub comprobará que los discursos emitidos por la radio y los boletines de noticias no causan impresión alguna en el oyente común, porque se pronuncian con afectación y pedantería, y, dicho sea de paso, con el acento de la clase alta. Durante la operación militar de retirada en Dunkerque, vi en un pub a una pandilla de peones que comían un sándwich de queso mientras la radio emitía las noticias. No reaccionaban, se limitaban a comer con indiferencia. Pero entonces el locutor pasó al inglés oral para reproducir las palabras de un soldado que había sido arrastrado a bordo de un bote: «¡Bueno, al menos en este viaje he aprendido a nadar!». Y en ese momento los peones reaccionaron y prestaron atención: el lenguaje cotidiano les llegó. Unas se-

manas más tarde, el día posterior a la entrada de Italia en la guerra, Duff Cooper[5] anunció que la temeridad de Mussolini no haría más que «incrementar las ruinas que han contribuido al renombre de Italia». Aquello era una observación bastante pulcra, y constituía una verdadera profecía, pero ¿qué impresión causa este tipo de lenguaje en la inmensa mayoría de las personas? La versión coloquial habría rezado: «Italia siempre ha sido famosa por sus ruinas. Pues bien, ahora van a tener un montón más». Pero no es así como hablan los ministros, al menos en público.

Entre los lemas inútiles, obviamente incapaces de avivar los sentimientos y de circular de boca en boca, tenemos los siguientes: «Acreedores de la victoria», «La libertad, bajo asedio: afrontemos el lance con todo nuestro poderío», «El socialismo, la única solución», «Expropiemos a los expropiadores», «Austeridad», «Evolución, no revolución», «La paz es indivisible». Ejemplos de consignas redactadas en inglés oral son: «¡Fuera de Rusia!», «Que Alemania pague por ello», «Paremos a Hitler», «Quitad los impuestos al pan», «Que las mujeres puedan votar». Y como ejemplos de

5. Alfred Duff Cooper (1890-1954), político conservador, diplomático e historiador.

expresiones a medio camino entre ambas cosas, tenemos: «Manos a la obra», «Trabajar para la victoria», «Todo depende de ti» y algunas de las expresiones de Churchill, como «el final del comienzo», «sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas» y «nunca tantos le debieron tanto a tan pocos». (Resulta significativo que, a medida que esta última expresión ha ido circulando de boca en boca, haya desaparecido la parte inicial y literaria de la frase original: «Nunca *en el ámbito del conflicto humano* tantos le debieron tanto a tan pocos».) Hemos de tener en cuenta que a casi todos los ingleses les desagrada lo que suena pretencioso, presuntuoso. Los lemas como «No pasarán» o «Mejor morir de pie que vivir arrodillado», que han emocionado a las naciones continentales, resultan un poco bochornosos para un inglés, especialmente para un trabajador. Pero la principal debilidad de los propagandistas y divulgadores radica en su incapacidad de percibir que el inglés oral y el escrito son dos cosas diferentes.

Cuando recientemente publiqué un artículo quejándome de la jerga marxista, en la que se emplean expresiones como «desviacionismo de izquierdas objetivamente contrarrevolucionario» o «drástica liquidación de los elementos pequeñoburgueses», recibí

cartas indignadas de socialistas de toda la vida que me decían que había «ultrajado el lenguaje del proletariado». Con espíritu similar, el profesor Harold Laski dedica un largo pasaje de su último libro, *Fe, razón y civilización,*[6] a un ataque contra T. S. Eliot, a quien acusa de «escribir solo para una minoría». Pero resulta que Eliot es uno de los pocos escritores de nuestro tiempo que han intentado seriamente escribir en inglés tal como este es hablado. Versos como los que siguen se acercan al lenguaje oral tanto como puede hacerlo un texto:

And nobody came, and nobody went,
But he took in the milk and he paid the rent.[7]
[No llegó nadie, y nadie se fue,
Pero él tomó la leche y pagó el alquiler.]

Por el contrario, aquí tenemos el típico estilo de la prosa del profesor Laski:

En su conjunto, nuestro sistema ha consistido en un compromiso entre la democracia en el ámbito po-

6. *Faith, Reason, and Civilization: An Essay in Historical Analysis,* The Viking Press, Nueva York, 1944.

7. Del poema «Fragment of an Agon».

> lítico —en sí misma un desarrollo muy reciente en nuestra historia— y un poder económico que estaba organizado de manera oligárquica y ligado a su vez a ciertos vestigios aristocráticos, los cuales aún eran capaces de influir de manera profunda en los hábitos de nuestra sociedad.

Este pasaje, dicho sea de paso, proviene de una conferencia que posteriormente fue publicada en formato impreso. Es decir, debemos asumir que el profesor Laski realmente se subió a una tarima y pronunció esas palabras tal como están escritas, con paréntesis incluidos. Es obvio que las personas capaces de hablar o escribir de tal manera simplemente han olvidado cómo es el lenguaje cotidiano. Pero lo anterior no es nada en comparación con otros pasajes que yo podría ofrecerles aquí de los escritos del profesor Laski o, mejor, de la literatura comunista, o mejor aún, de los panfletos trotskistas. De hecho, al leer la prensa de izquierdas, uno tiene la impresión de que cuanto más pontifican algunos sobre el proletariado, más desprecian su lenguaje.

Ya he dicho que el inglés oral y el escrito son dos cosas distintas. Esta diferencia existe en todos los idiomas, pero probablemente sea más marcada en in-

glés que en la mayoría de las lenguas. El inglés oral está lleno de jerga, se abrevia siempre que es posible y las personas de todas las clases sociales tratan su gramática y su sintaxis de una manera descuidada. Son muy pocos los ingleses que cierran un frase cuando hablan de manera espontánea. Sobre todo, el vasto vocabulario inglés contiene miles de palabras que todo el mundo usa cuando escribe, pero que apenas se emplean en el habla; y contiene miles más que han quedado obsoletas, pero que son empleadas por cualquiera que quiere parecer inteligente o edificante. Si uno tiene esto en cuenta, puede pensar en formas de garantizar que la propaganda, hablada o escrita, llegue a la audiencia a la que está dirigida.

En lo que respecta a la escritura, todo lo que podemos hacer es intentar llevar a cabo un proceso de simplificación. El primer paso —cualquier organización dedicada a las encuestas sociales podría hacer esto por unos cientos o miles de libras— consiste en averiguar cuáles de las palabras abstractas usadas de manera habitual por los políticos son realmente entendidas por un gran número de personas. Si expresiones como «violación sin escrúpulos de las compromisos declarados» o «insidiosa amenaza para los principios básicos de la democracia» no significan nada para el hom-

bre común, entonces es estúpido usarlas. En segundo lugar, cuando escribamos nos resultará fácil tener en mente el lenguaje oral. Poner en negro sobre blanco el genuino inglés oral es complicado, como mostraré en un momento. Pero si adquirimos el hábito de preguntarnos si podemos simplificar una frase, hacer que se parezca más al habla, difícilmente produciremos oraciones como las del profesor Laski citadas más arriba, y difícilmente diremos «eliminar» cuando nos referimos a matar, o «agua estática» cuando hablamos de un depósito contra incendios.

La propaganda oral, por otro lado, ofrece mayores posibilidades de mejora. Es aquí donde realmente asoma el problema de intentar escribir en un inglés oral.

Los discursos, las emisiones de radio, las conferencias e incluso los sermones suelen escribirse antes de ser pronunciados. Los oradores más eficaces, como Hitler o Lloyd George, suelen improvisar, pero se trata de casos muy contados. Generalmente —como podemos comprobar en Hyde Park Corner—,[8] el su-

8. Orwell se refiere al célebre «Speakers' Corner» (el «Rincón del orador»), donde se permite pronunciar discursos en público, siempre que la policía considere que no violan la ley.

puesto improvisador se limita a saltar de un cliché a otro. Probablemente pronuncia un discurso que ha pronunciado decenas de veces. Solo unos pocos oradores excepcionalmente dotados pueden lograr la sencillez y la inteligibilidad que, en la conversación ordinaria, logra incluso la persona menos dotada. En la radio, rara vez se intenta improvisar. Exceptuando algunos programas como The Brains Trust, que en cualquier caso se ensayan cuidadosamente de antemano, cada palabra que oímos en la BBC ha sido escrita previamente, y se reproduce tal como ha sido escrita. Y ello es así no solo por la censura, sino también porque muchos oradores tienden a quedarse sin palabras ante el micrófono cuando no tienen un guion que seguir. El resultado es esa jerga pesada, aburrida y pedante que hace que la mayoría de los oyentes apaguen la radio tan pronto como se anuncia una charla. Cabría pensar que podemos acercarnos más al lenguaje coloquial dictando que escribiendo, pero en realidad es al contrario. Dictar, al menos a otro ser humano, siempre es un poco embarazoso. Uno se ve impulsado a evitar las pausas largas, de modo que inevitablemente se aferra a las frases hechas y las metáforas muertas que abundan en la lengua inglesa —«adentrarse en un nuevo escenario», «entrar en conflicto

con», «romper una lanza por»—. Un guion dictado suele ser menos realista que uno escrito. Lo que se busca, evidentemente, es una forma de llevar al papel el inglés cotidiano, descuidado, coloquial.

Pero ¿es ello posible? A mi juicio, lo es, gracias a un método bastante simple que, hasta donde se me alcanza, nunca se ha probado. Se trataría de lo siguiente: pongamos a un orador elocuente ante en el micrófono y dejémosle hablar, ya sea de forma continua o intermitente, sobre cualquier tema que elija. Y repitamos el proceso con una decena de oradores, grabándolo cada vez. Y variémoslo con algunos diálogos o conversaciones entre tres o cuatro personas. Después, reproduzcamos las grabaciones para que un taquígrafo las ponga por escrito, pero no tal como los taquígrafos suelen hacerlo, con abreviaturas, sino palabra por palabra, con los signos de puntuación que parecen apropiados. Creo que entonces tendríamos por primera vez en papel algunas muestras auténticas del inglés oral. Probablemente no serían legibles en el sentido en el que lo son un libro o un artículo de periódico, pero hemos de tener en cuenta que el inglés oral no está destinado a ser leído, sino a ser escuchado. A mi juicio, a partir de estas muestras podríamos formular las reglas del inglés oral y descubrir cómo di-

fiere del escrito. Y entonces, una vez que la escritura en inglés oral fuese factible, el orador o conferenciante que tienen que escribir su discurso de antemano podrían acercarlo mucho más a su dicción natural, hacerlo más oral que en la actualidad.

El discurso coloquial, por supuesto, no ha de consistir únicamente en evitar palabras mal entendidas. También es una cuestión de acento. Parece claro que en la Inglaterra moderna el acento «educado» de clase alta es contraproducente para cualquier orador que se dirija a una gran audiencia. En los últimos tiempos, todos los oradores eficaces han tenido acento *cockney*, o de provincias. El éxito de las radiodifusiones de Priestley[9] en 1940 se debió en gran parte a su acento de Yorkshire, que él probablemente exageraba un poco para la ocasión. Churchill parece ser una excepción a esta regla. Es demasiado mayor como para haber adquirido el moderno acento culto, de modo que habla con ese acento eduardiano de clase alta que para el hombre común suena como el *cockney*. El acento «educado», del cual el acento de los locutores la BBC parece una especie de parodia, no tie-

9. John Boynton Priestley (1894-1984), quien fue además novelista, dramaturgo y guionista.

ne ningún activo, salvo su inteligibilidad para los extranjeros de habla inglesa. En Inglaterra, no le gusta a la minoría entre la que es natural, mientras que entre los otros tres cuartos de la población despierta de inmediato un antagonismo de clase. Además, llama la atención que, cuando hay dudas sobre la pronunciación de un nombre, los oradores exitosos se queden con la pronunciación propia de la clase trabajadora, incluso si saben que es incorrecta. Churchill, por ejemplo, pronunció mal «nazi» y «Gestapo» mientras la gente común seguía haciéndolo, y Lloyd George, durante la última guerra, hizo lo mismo con la palabra «káiser».

En los primeros días de la guerra actual, el gobierno tuvo grandes dificultades para inducir a la gente a tomarse la molestia de recoger sus cartillas de racionamiento. Y en las elecciones al Parlamento, incluso cuando hay un censo actualizado, suele ocurrir que menos de la mitad del electorado ejerce su derecho al voto. Cosas como estas son síntomas del abismo intelectual que separa a los gobernantes de los gobernados. Pero ese mismo abismo existe siempre entre la *intelligentsia* y el hombre común. Los periodistas, como podemos ver por sus pronósticos electorales, nunca saben lo que el público piensa. La pro-

paganda revolucionaria es increíblemente ineficaz. Las iglesias están vacías en todo el país. La idea de intentar descubrir lo que piensa el hombre común, en lugar de asumir que piensa lo que debería pensar, es novedosa y desagradable. Las encuestas sociales son atacadas ferozmente tanto por la izquierda como por la derecha. Pero es obvio que un gobierno moderno necesita algún mecanismo para analizar la opinión pública, y más aún en un país democrático que en uno totalitario. Y el complemento de ese mecanismo ha de ser la capacidad de hablarle al hombre común con palabras que comprenda y a las que responda.

En la actualidad, la propaganda solo parece tener éxito cuando coincide con lo que la gente está inclinada a hacer de todos modos. Durante la guerra actual, por ejemplo, el gobierno ha hecho muy poco para preservar la moral: se ha limitado a recurrir a las reservas existentes de buena voluntad. Y todos los partidos políticos han fracasado por igual a la hora de lograr que el público se interesase en asuntos de vital importancia, como el problema de la India, por citar solo uno. Pero quizá algún día tengamos un gobierno genuinamente democrático, un gobierno que quiera contarle a la gente lo que ocurre, y qué debe hacerse al respecto, qué sacrificios son necesarios y por qué.

Tal gobierno necesitará los mecanismos apropiados, y el primero de ellos consiste en las palabras y el tono adecuados. El hecho de que, cuando sugieres averiguar cómo es el hombre común y aproximarte a él en consecuencia, seas acusado de ser un esnob intelectual que pretende hablarles a las masas de manera condescendiente, o de que alternativamente resultes sospechoso de conspirar para establecer una Gestapo inglesa, muestra cuán decimonónica es todavía nuestra noción de la democracia.

LA POLÍTICA Y LA LENGUA INGLESA

La mayoría de quienes se interesan por la lengua inglesa reconocerán quizá que esta no goza de buena salud. Sin embargo, suele darse por sentado que no podemos hacer nada al respecto mediante una acción consciente. Según el argumento, nuestra civilización está en decadencia, y nuestra lengua participa inevitablemente del colapso general. De lo cual se seguiría que cualquier lucha contra el maltrato de la lengua es un sentimental arcaísmo, como preferir las velas a la luz eléctrica o los coches de caballos a los aviones. En ello subyace la creencia semiconsciente de que la lengua es una entidad natural y no una herramienta a la que damos forma para nuestros propios fines.

Resulta obvio, no obstante, que la decadencia de una lengua ha de tener en última instancia causas políticas y económicas: no se debe tan solo a la mala influencia de este o aquel escritor. Pero un efecto puede

convertirse en causa, reforzando la causa original y produciendo el mismo efecto con mayor intensidad, y así sucesivamente. Un hombre puede darse a la bebida porque se considera un fracasado, y fracasar entonces más aún porque bebe. Algo así es lo que le ocurre a la lengua inglesa. Se vuelve fea e imprecisa porque nuestros pensamientos son estúpidos, y el descuido del lenguaje contribuye a que alberguemos esos pensamientos estúpidos. Pero la clave aquí es que el proceso es reversible. El inglés moderno, especialmente el escrito, está plagado de malos hábitos que se propagan por imitación y que pueden evitarse si uno está dispuesto a tomarse las molestias necesarias. Si uno se deshace de estos hábitos, puede pensar con mayor claridad, y pensar con claridad es un primer paso necesario hacia la regeneración política, de modo que la lucha contra el mal inglés no es una frivolidad ni un asunto exclusivo de los escritores profesionales. Volveré sobre ello más adelante, y espero que para entonces el significado de lo que acabo de decir resulte más claro. Mientras tanto, permítanme ofrecerles cinco ejemplos del inglés escrito que solemos encontrar en la actualidad.

Se trata de cinco pasajes que he escogido no porque sean especialmente malos —podría haber citado

ejemplos mucho peores—, sino porque ilustran varios de los vicios mentales que nos aquejan. Están un poco por debajo de la media, pero son ejemplos bastante representativos. Los numeraré para facilitar las referencias a ellos más adelante, cuando sea necesario:

1. No estoy seguro, de hecho, de que no sea acertado decir que el Milton que no parecía muy distinto a un Shelley del siglo XVII no se había vuelto, a partir de una experiencia cada vez más amarga cada año, más ajeno [sic, sin duda quiso decir *afín]* al fundador de esa secta jesuita que él no podía tolerar.

Harold Laski,
Ensayo sobre la libertad de expresión

2. Sobre todo, no debemos abusar de una batería de modismos autóctonos que prescribe egregias colocaciones de vocablos como el básico *put up with* en sustitución de *tolerate [tolerar],* o *put at a loss* en lugar de *bewilder [desconcertar].*

Lancelot Hogben, *Interglossa*

3. Por un lado, tenemos la personalidad libre: por definición, no es neurótica, ya que no alberga el conflicto ni el sueño. Sus deseos, tal como son, resultan

transparentes, pues son justamente lo que la aprobación institucional mantiene al frente de la conciencia; otro patrón institucional alteraría su número y su intensidad; hay poco en ellos que sea natural, irreductible o culturalmente peligroso. Pero, por otro lado, el vínculo social en sí no es más que el reflejo mutuo de estas integridades seguras de sí mismas. Recordemos la definición de amor. ¿No es esta la imagen misma de un pequeño teórico? ¿Hay lugar en este salón de espejos para la personalidad o para la fraternidad?

Ensayo sobre psicología publicado por *Politics* (Nueva York)

4. Todos los «mejores» de los clubes de caballeros y todos los frenéticos capitanes fascistas, unidos por un odio común al socialismo y un horror bestial ante la marea creciente del movimiento revolucionario de masas, han recurrido a diversos actos de provocación, a un asqueroso incendiarismo, a las leyendas medievales de los pozos envenenados, a legalizar la destrucción que ellos llevan a cabo de las organizaciones proletarias, a despertar a los agitados pequeñoburgueses al fervor chovinista en nombre de la lucha contra la salida revolucionaria de la crisis.

Panfleto comunista

5. Si se quiere infundir un nuevo espíritu en este viejo país, hay una reforma espinosa y contenciosa que debe abordarse, y es la humanización y galvanización de la BBC. Aquí, toda timidez revelará una úlcera y la atrofia del alma. El corazón de Gran Bretaña tal vez esté sano y lata con fuerza, por ejemplo, pero el rugido del león británico en la actualidad es como el de Bottom en *El sueño de una noche de verano,* de Shakespeare: tan suave como una cría de paloma. Una nueva Gran Bretaña viril no puede seguir siendo traducida indefinidamente a los ojos o más bien a los oídos del mundo por las languideces decadentes de Langham Place, disfrazadas descaradamente de «inglés estándar». Cuando *La Voz de Gran Bretaña* se emite a las nueve en punto, ¡sería mucho mejor e infinitamente menos ridículo oír una pronunciación vulgar que el actual rebuzno mojigato, inflado, inhibido, de maestra de escuela, de intachables y tímidas doncellas que maúllan!

Carta de un lector publicada por *Tribune*

Cada uno de estos pasajes tiene sus propios defectos, pero, dejando al margen su evitable fealdad, dos rasgos son comunes a todos ellos: el empleo de imágenes obsoletas y la falta de precisión. El autor no

logra expresar lo que quiere decir, o sin darse cuenta dice algo más, o le es casi indiferente si sus palabras significan algo o no. Esta mezcla de vaguedad y pura incompetencia es la característica más marcada de la prosa inglesa moderna, sobre todo de cualquier tipo de escritura política. Tan pronto como se plantean ciertos temas, lo concreto se funde con lo abstracto y nadie parece capaz de emplear giros lingüísticos no trillados: la prosa se compone cada vez menos de palabras elegidas en aras de su significado, y cada vez más de frases ensambladas como las secciones de un gallinero prefabricado. Enumero a continuación, con notas y ejemplos, varios de los trucos mediante los cuales se elude habitualmente la tarea de construcción de la prosa.

Metáforas moribundas. Una metáfora recién ideada ayuda al pensamiento evocando una imagen, mientras que una metáfora técnicamente *muerta* (por ejemplo, *voluntad de hierro)* se ha convertido ya en una expresión corriente, que por lo común se puede usar sin que la prosa pierda viveza. Pero entre estas dos clases hay un gran vertedero de metáforas desgastadas que han perdido todo poder evocador, y que se usan simplemente porque nos ahorran la molestia de inventar nuestras propias expresiones. He aquí algunos

ejemplos: *cambio de tornas, tomar las riendas, tener a raya, pisotear (los derechos, por ejemplo), codo a codo, poner en juego, desenterrar el hacha de guerra, llevar alguien el agua a su molino, pescar en río revuelto, a la orden del día, talón de Aquiles, canto del cisne, caldo de cultivo.* Muchas de estas expresiones se emplean sin conocer su significado, y a menudo se mezclan metáforas incompatibles, lo cual es señal inequívoca de que al escritor no le interesa lo que dice. Algunas metáforas hoy habituales han perdido su significado original sin que quienes las emplean sean conscientes de ello. Por ejemplo, tenemos «entre el martillo y el yunque», variante de «entre la espada y la pared», que siempre se usa hoy dando a entender que el yunque se lleva la peor parte, cuando en la vida real siempre es el yunque el que rompe el martillo, nunca al revés. Un escritor que se detuviera a pensar lo que dice evitaría pervertir la expresión original.

Artificios y retorcimientos verbales. Nos ahorran la molestia de escoger los verbos y sustantivos apropiados y, al mismo tiempo, rellenan cada frase con sílabas adicionales que le dan una apariencia de simetría. Algunas expresiones características son *render inoperative, militate against, prove unacceptable, be subject to, give rise to, give grounds for, have the effect*

of, play a leading part (role) in, take effect, exhibit a tendency to, serve the purpose of, etc. (de manera respectiva *hacer inoperante, militar en contra de, resultar inaceptable, estar sujeto a, dar lugar a, dar motivos para, tener el efecto de, desempeñar un papel principal, surtir efecto, mostrar tendencia a, servir al propósito de).* La clave aquí es que, en lugar de usar simplemente un verbo, esto es, una sola palabra, se recurre a una construcción en la que dicho verbo se acompaña de un sustantivo o un adjetivo. Además, siempre que es posible se emplea la voz pasiva en lugar de la activa, y las construcciones sustantivas reemplazan a los gerundios (por ejemplo, *mediante el examen de* en lugar del sencillo *examinando).* La gama de verbos se reduce aún más empleando construcciones con sufijo *-ize* y el prefijo *de-*, y las declaraciones banales adquieren una apariencia de profundidad mediante el empleo de dobles negaciones *(not un-).* Conjunciones y preposiciones simples son sustituidas por expresiones como *con respecto a* o *en relación con* (donde cabría un simple *sobre)*; y para evitar el anticlímax, se recurre a manidas expresiones altisonantes como *no puede obviarse el hecho de que, un desarrollo esperable en un futuro próximo, que merece una seria consideración, llevar a una conclusión satisfactoria, etc.*

Dicción pretenciosa. Palabras como *phenomenon, element, individual* (como sustantivo), *objective, categorical, effective, virtual, basic, primary, promote, constitute, exhibit, exploit, utilize, eliminate, liquidate* se emplean para disfrazar afirmaciones más bien simplonas y dar un aire de imparcialidad científica a los juicios sesgados. Adjetivos como *epoch-making, epic, historic, unforgettable, triumphant, age-old, inevitable, inexorable, veritable* se utilizan para dignificar los sórdidos procesos de la política internacional, mientras que la escritura que pretende glorificar la guerra suele adoptar un estilo arcaico, con palabras como *realm, throne, trident, sword, shield, banner, jackboot, clarion* (respectivamente *reino, trono, tridente, espada, escudo, estandarte, bota militar, clarín).* Palabras y expresiones extranjeras como *cul de sac, ancien régime, deus ex machina, mutatis mutandis, statu quo, Weltanschauung (cosmovisión), Gleichschaltung* (en el sentido de *nazificación)* se emplean para dar un aire culto y elegante al texto. Exceptuando las útiles abreviaturas i.e. *(esto es, a saber), e.g. (por ejemplo)* y *etc.*, no hay necesidad real de los centenares de expresiones extranjeras hoy empleadas en inglés. Los malos escritores, en especial en los campos de la ciencia, la política y la sociología, están casi siempre obsesionados

con la idea de que las palabras provenientes del latín o el griego son más grandiosas que las de origen anglosajón, de modo que expresiones innecesarias como *expedite, ameliorate, predict, extraneous, deracinated, clandestine, sub-aqueous* (respectivamente *acelerar, aliviar, predecir, externo o superfluo, desarraigado, clandestino, subacuático o insustancial)* y centenares más ganan constantemente terreno a sus equivalentes anglosajones.[1] La jerga peculiar de la escritura marxista *(hiena, verdugo, pequeñoburgués, lacayo, perro rabioso,* etc.) consiste en gran parte en palabras traducidas del ruso, el alemán o el francés; pero la forma normal de acuñar una nueva palabra es emplear una raíz latina o griega con el sufijo apropiado. A menudo es más fácil inventar palabras de este tipo —*deregionalize, impermissible, extramarital, non-fragmentatory (deslocalizar, inadmisible, extramatrimonial, no*

1. Una ilustración interesante de esto es la forma en que los nombres ingleses de las flores están siendo expulsados por los nombres griegos: *snapdragon (boca de dragón)* se convierte en *antirrhinum,* y *forget-me-not (nomeolvides)* pasa a ser *myosotis,* por poner solo dos ejemplos. Cuesta ver la razón práctica para este cambio de moda: probablemente se deba a que uno se aleja de manera instintiva de la palabra más familiar, por la vaga sensación de que la palabra griega es más científica. *(N. del A.)*

fragmentario)— que pensar en las palabras inglesas que sirven para decir lo mismo. El resultado, en general, es un aumento de la dejadez y la vaguedad.

Palabras sin sentido. En ciertos tipos de escritura, particularmente en la crítica de arte y la crítica literaria, es habitual encontrar largos pasajes que carecen casi por completo de significado. Palabras como *romantic, plastic, values, human, dead, sentimental, natural, vitality*, tal como son empleadas en la crítica de arte, resultan sumamente vagas, no hacen referencia a ningún objeto reconocible. Cuando un crítico escribe que la característica sobresaliente del trabajo del Sr. X es «su viveza», mientras que otro nos dice que lo que llama la atención de inmediato en dicho trabajo es «su peculiar falta de viveza», el lector contempla esto como una simple diferencia de opinión. Si las palabras empleadas fueran, por ejemplo, *blanco* y *negro*, y no las de esta jerga, dicho lector percibiría de inmediato este empleo inapropiado del lenguaje. De manera similar se abusa de muchas palabras políticas. El término *fascismo* ya no significa nada, salvo «algo no deseable». Las palabras *democracia, socialismo, libertad, patriotismo, realismo, justicia* tienen cada una de ellas varios significados diferentes e incompatibles. En el caso del término *democracia*, no solo no hay una

definición consensuada, sino que el intento de establecer tal definición se topará con el rechazo de todos los bandos. Se entiende de manera casi universal que cuando decimos que un país es «democrático» lo estamos elogiando: en consecuencia, los defensores de todo tipo de régimen afirman que el suyo es una democracia, y temen que tal vez tengan que dejar de emplear esa palabra si se le asigna un significado concreto. Los términos de este tipo se emplean a menudo de manera conscientemente deshonesta. Es decir, quien emplea una palabra de esta clase tiene su propia definición personal de dicha palabra, pero permite que su oyente piense que quiere decir algo muy diferente. Las declaraciones como «El mariscal Pétain era un verdadero patriota», «La prensa soviética es la más libre del mundo» o «La iglesia católica se opone a la persecución» se hacen casi siempre con la intención de engañar. Otras palabras empleadas con significados variables, y en la mayoría de los casos de manera más o menos deshonesta, son *totalitario, ciencia, progresista, reaccionario, burgués, clase, igualdad.*

Una vez elaborado este catálogo de estafas y perversiones, permítanme ofrecerles otro ejemplo del tipo de escritura al que conducen. Para ello, haré uso de la imaginación. Voy a traducir un pasaje, de la bue-

na prosa a la prosa moderna de la peor clase. He aquí un versículo muy conocido de Eclesiastés:

> Me volví y vi bajo el sol que no siempre los veloces vencen en la carrera, ni los fuertes en la batalla, que no siempre los sabios tienen pan, ni los prudentes disfrutan de la riqueza ni los habilidosos gozan de estima, pues en todo intervienen el tiempo y el azar.

Y helo aquí en su versión moderna:

> La consideración objetiva de los fenómenos contemporáneos nos conduce a la conclusión de que el éxito o el fracaso en las actividades competitivas no muestran una tendencia a ser acordes con las capacidades innatas, puesto que invariablemente debe tenerse en cuenta un elemento considerable de impredecibilidad.

Lo anterior, claro está, es una parodia, pero no se aleja mucho de la realidad. Así, el ejemplo n.º 3 ofrecido con anterioridad contiene varios pasajes con el mismo tipo de inglés. Como se ve, no he hecho una traducción completa: al comienzo y al final respeto el sentido del texto original, pero en el medio los ejem-

plos concretos *(carrera, batalla, pan)* se disuelven en la vaga expresión «el éxito o el fracaso en la actividades competitivas». Porque ningún escritor moderno del tipo que aquí discuto —alguien capaz de escribir cosas como «la consideración objetiva de los fenómenos contemporáneos»— expresaría jamás sus pensamientos de manera precisa y detallada: la prosa moderna tiende a alejarse de la concreción. Y, sin duda, la prosa como la que acabo de inventarme es la que está ganando terreno en el inglés moderno. No quisiera exagerar. Este tipo de escritura aún no es universal, e incluso en las páginas peor escritas aflora de vez en cuando la sencillez. Pero si a ustedes o a mí nos pidiesen que escribiéramos algunas líneas sobre la incertidumbre de la fortuna humana, probablemente nos acercaríamos más a mi traducción imaginaria del Eclesiastés que al original.

Como he intentado mostrar, la escritura moderna, en su peor versión, no consiste en elegir las palabras por su significado y en idear imágenes para aclarar el sentido de lo escrito. Consiste en juntar retahílas de palabras cuyo orden ya estableció otra persona, y en hacer que el resultado parezca presentable mediante la pura patraña. El atractivo de esta forma de escribir radica en que es fácil. Es más fácil —inclu-

so más rápido, una vez adquirido el hábito— decir «en mi opinión no es una suposición injustificable» que decir simplemente «pienso que». Si usas frases hechas, te ahorras buscar la palabra idónea, y no tienes que preocuparte por el ritmo de la prosa, ya que estas frases suelen estar organizadas de modo que resulten eufónicas. Cuando se escribe con prisa, se le dicta un texto a un taquígrafo o se hace un discurso público, es natural caer en un estilo pretencioso y latinizante. Muletillas como «una consideración que haríamos bien en tener en cuenta» o «una conclusión con la que todos estaremos fácilmente de acuerdo» ayudan a que la construcción del escritor no se desmorone. El empleo de metáforas rancias, símiles y modismos ahorra mucho esfuerzo mental, a costa de que el significado sea vago, no solo para el lector sino también para quien escribe. Ahí radica la importancia de la mezcla de metáforas. El único objetivo de una metáfora es invocar una imagen. Cuando la combinación de imágenes resulta chocante —por ejemplo, «el pulpo fascista ha entonado su canto del cisne»—, podemos estar seguros de que el escritor no alberga la imagen mental de los objetos que está nombrando; en otras palabras, en realidad no está pensando. Retomemos aquí los ejemplos que he ofrecido al comienzo

de este ensayo: el profesor Laski (1) usa cinco negaciones en 53 palabras. Una de dichas negaciones es superflua y hace que todo el pasaje carezca de sentido; además tenemos ese desliz en el que el autor confunde *alien (ajeno a)* con *akin (afín),* con lo cual dice lo contrario de lo que quiere decir, y hay varias otras torpezas evitables que incrementan la vaguedad general del pasaje. El profesor Hogben (2) nos habla de prescripciones y, aunque desaprueba el empleo de la expresión cotidiana *put up with* con el significado de *tolerate (tolerar),* no está dispuesto a consultar el diccionario y ver qué significa realmente *egregio.* En cuanto al ejemplo n.º 3, si adoptamos una actitud poco compasiva, debemos decir que carece de sentido: quizá podríamos averiguar su supuesto significado leyendo todo el artículo del que está extraído el pasaje. En el ejemplo n.º 4, el escritor sabe más o menos lo que quiere decir, pero las expresiones manidas lo atascan tal como los restos del té atascan el desagüe del fregadero. Por último, en el ejemplo n.º 5, palabras y significado han dejado de tener vínculo alguno. Quienes escriben de ese modo generalmente apuntan a un significado emocional general —no les gusta una cosa y quieren expresar solidaridad con otra—, pero no están interesados en los detalles de lo que dicen. Un es-

critor escrupuloso se hará al menos cuatro preguntas en cada frase que escriba: ¿qué intento decir?, ¿qué palabras lo expresan mejor?, ¿qué imagen o que modismo lo aclararán?, ¿es esta imagen lo suficientemente original como para tener efecto? Y es probable que se haga otras dos preguntas: ¿podría decirlo de forma más breve?, ¿hay alguna parte en la que el estilo es innecesariamente espantoso? Pero no estamos obligados a tomarnos todas estas molestias. Podemos ahorrárnoslas abriendo nuestra mente y dejando que un torrente de expresiones manidas la inunde. Ellas construirán las frases por nosotros —incluso pensarán por nosotros, hasta cierto punto—, y en caso de necesidad prestarán el importante servicio de ocultar parcialmente el significado de lo que queremos decir; nos lo ocultarán incluso a nosotros. Y es aquí donde se hace manifiesta la existencia de un vínculo especial entre la política y la degradación del lenguaje.

En nuestros días, resulta obvia la mala calidad de la prosa política. En las excepciones a la regla, solemos ver que el escritor es una especie de rebelde que expresa sus propias opiniones y no la «línea del Partido», sea este cual fuere. La ortodoxia, de cualquier color, parece exigir un estilo imitativo, carente de vida. La jerga política de folletos, artículos de opi-

nión, manifiestos, documentos gubernamentales y discursos de los subsecretarios de los ministerios varía, claro está, de un partido a otro, pero todos son iguales en el sentido de que nunca encontramos en ellos un giro expresivo original y vívido. Cuando contemplamos en un estrado a un escribidor cansado que repite mecánicamente las típicas frases hechas —«salvajes atrocidades», «talón de hierro», «tiranía sangrienta», «pueblos libres del mundo», «hombro con hombro»), tenemos a menudo la curiosa sensación de que no estamos contemplando a un ser humano vivo, sino a una especie de títere; una sensación que se acrecienta cuando la luz ilumina las gafas del orador y las convierte en dos discos vacíos tras los cuales parece no haber ojos. Y ello no es del todo fantasioso. Un orador que emplea este tipo de fraseología va camino de convertirse en una máquina. De su laringe salen los sonidos apropiados, pero su cerebro no está involucrado como lo estaría si él mismo eligiera las palabras que emplea. Si el discurso que pronuncia es uno que está acostumbrado a pronunciar una y otra vez, puede incluso no ser plenamente consciente de lo que está diciendo, como ocurre cuando alguien pronuncia las respuestas en la letanía durante la misa. Y este estado de conciencia reducida es, si no indispen-

sable para la conformidad política, cuando menos favorable a ella.

En nuestro tiempo, los escritos y los discursos políticos consisten en gran medida en la defensa de lo indefendible. Sin duda, es posible defender cosas como la prolongación del dominio británico en la India, las purgas y deportaciones rusas y el lanzamiento de bombas atómicas sobre Japón, pero para ello es necesario recurrir a argumentos que son demasiado brutales para que la mayoría de las personas los afronten, y que no casan con los objetivos declarados de los partidos políticos. Por lo tanto, el lenguaje político ha de consistir en gran medida en eufemismos, peticiones de principio y turbias vaguedades. Aldeas indefensas son bombardeadas, sus habitantes son obligados a huir al campo, donde se ametralla incluso al ganado y los refugios son arrasados con bombas incendiarias: esto se llama *pacificación.* Millones de campesinos son despojados de sus granjas y forzados a emprender una larga marcha a pie por las carreteras, llevando consigo tan solo aquello con lo que pueden cargar: se llama *transferencia de población* o *rectificación de fronteras.* Las personas son encarceladas durante años, sin juicio previo, o reciben un disparo en la nuca, o son enviadas a morir de escorbuto en los campos de trabajo forza-

do en el Ártico: se llama *eliminación de elementos en los que no se puede confiar.* Tal fraseología es necesaria si uno quiere mencionar los hechos sin conjurar imágenes mentales de los mismos. Pensemos, por ejemplo, en un acomodado profesor inglés que defiende el totalitarismo ruso. No puede decir directamente: «Creo oportuno matar a tus oponentes cuando con ello puedes obtener buenos resultados». Por lo tanto, es probable que diga algo como esto:

> Si bien admito con total libertad que el régimen soviético exhibe ciertas características que tal vez un humanitario se sienta inclinado a deplorar, creo que debemos estar de acuerdo en que cierta reducción del derecho a la oposición política es una concomitancia inevitable de los periodos de transición, y que los rigores que el pueblo ruso ha sido llamado a sufrir han tenido amplia justificación en la esfera de los logros concretos.

El estilo inflado es en sí una especie de eufemismo. Una masa de palabras de origen latino cae sobre los hechos como suaves copos de nieve, difuminando los contornos y cubriendo todos los detalles. El gran enemigo del lenguaje claro es la insinceridad. Cuando

hay una brecha entre nuestros objetivos reales y nuestros objetivos declarados, recurrimos casi instintivamente a las palabras largas y las expresiones manidas, como una sepia que lanza chorros de tinta. En nuestra era no es posible «mantenerse alejado de la política». Todos los asuntos son asuntos políticos, y la política en sí es una masa de mentiras, evasivas, disparates, odio y esquizofrenia. Cuando el ambiente general es tóxico, el lenguaje se resiente. Es de suponer —se trata de una conjetura que no puedo verificar por falta de información— que las lenguas alemana, rusa e italiana se habrán deteriorado en los últimos diez o quince años, como resultado de la dictadura.

Pero si el pensamiento corrompe el lenguaje, el lenguaje también puede corromper el pensamiento. Un mal uso puede extenderse por tradición e imitación, incluso entre las personas que mejor deberían saber esto, y que de hecho lo saben. El lenguaje corrompido que abordo aquí es en cierto modo muy conveniente. Expresiones como «no es una suposición injustificable» o «una consideración que haríamos bien en tener en cuenta» son una tentación continua, una caja de aspirinas siempre a mano. Si el lector revisa este ensayo, verá sin duda alguna que he cometido una y otra vez las faltas que critico. En el

correo de esta mañana he recibido un escrito que se ocupa de la situación en Alemania, y cuyo autor me dice que «se sintió impelido» a escribirlo. Lo abro al azar, y esto es lo que me encuentro: «[Los Aliados] tienen la oportunidad no solo de lograr una transformación radical de la estructura social y política de Alemania —y de tal manera que se evite una reacción nacionalista en la propia Alemania—, sino también de sentar los cimientos de una Europa cooperativa y unificada». Ya ven ustedes, se «siente impelido» a escribir —suponemos que piensa que tiene algo nuevo que decir al respecto—, y sin embargo, sus palabras, como la caballería que responde a la corneta, se agrupan automáticamente siguiendo un tedioso y familiar patrón. La invasión de nuestra mente por estas expresiones manidas *(sentar los cimientos, lograr una transformación radical)* solo puede evitarse si nos mantenemos constantemente en guardia contra ellas, y lo cierto es que cada una de esas expresiones anestesia una parte del cerebro.

He dicho antes que la decadencia de nuestro idioma probablemente tenga remedio. Quienes discrepan de mi observación, si elaborasen un argumento, dirían que el lenguaje simplemente refleja las condiciones sociales existentes, y que no podemos influir

en su desarrollo mediante una intervención directa en las palabras y las construcciones. Esto puede ser cierto en lo que atañe al tono general o el espíritu de una lengua, pero no lo es con respecto a sus detalles. A menudo, las palabras y expresiones estúpidas han desaparecido no por un proceso evolutivo, sino debido a la acción consciente de una minoría. Dos ejemplos recientes son «explorar todas las vías» y «no dejar piedra sin remover», que fueron liquidadas por las burlas de algunos periodistas. Hay una larga lista de metáforas manidas de las que podríamos deshacernos de manera similar si suficientes personas se empeñasen en ello; y también debería ser posible reírse de la doble negación *not un-* hasta que deje de existir,[2] reducir la cantidad de palabras de origen griego y latino en cada frase, deshacerse de extranjerismos y de determinados términos científicos y, en general, hacer que la pretenciosidad pase de moda. Pero todas estas son cuestiones menores. La defensa de la lengua inglesa implica más que esto, y tal

2. Uno puede vacunarse contra ella si memoriza lo siguiente: «*A not unblack dog was chasing a not unsmall rabbit across a not ungreen field*» («Un perro no muy negro perseguía a un conejo no muy pequeño a través de un campo no muy verde»). *(N. del A.)*

vez sea mejor comenzar diciendo qué es lo que no implica.

No tiene nada que ver con el arcaísmo, con el rescate de palabras y giros obsoletos, o con la creación de un «inglés estándar» del que nunca deberíamos desviarnos. Al contrario, se trata esencialmente de desguazar cada palabra o giro que ha perdido su utilidad. Esto no se refiere en absoluto a la corrección gramatical y sintáctica, que carece de mayor importancia siempre que uno se exprese con claridad, ni tiene que ver con evitar los americanismos o con eso que se llama «el buen estilo de la prosa». Por otro lado, no se trata de buscar una falsa simplicidad ni de intentar que el inglés escrito sea coloquial. Ni siquiera implica preferir siempre la palabra de origen sajón a la latina, aunque sí conlleva usar el menor número de palabras posible, y las más cortas, para transmitir lo que deseamos decir. Sobre todo, es necesario dejar que el significado elija la palabra, y no al revés. En la prosa, lo peor que uno puede hacer con las palabras es rendirse a ellas. Cuando pensamos en un objeto concreto, pensamos sin palabras, y después, si queremos describir lo que hemos visualizado, probablemente busquemos hasta dar con las palabras precisas. Cuando pensamos en algo abstracto,

tenemos mayor tendencia a recurrir a las palabras desde el principio, y a menos que hagamos un esfuerzo consciente para evitarlo, la jerga existente asomará de inmediato y hará el trabajo por nosotros, restando claridad a lo que pretendíamos decir o incluso cambiándolo. Probablemente sea mejor que, en este proceso, pospongamos el empleo de palabras el mayor tiempo posible y recurramos primero a imágenes y percepciones para aclararnos. Después, podremos elegir —y no simplemente aceptar— las expresiones que mejor se adapten a lo que queremos transmitir, y podremos contemplar el asunto desde otra perspectiva, plantearnos qué impresión causarán en los demás las palabras que empleamos. Este último esfuerzo mental elimina todas las imágenes trilladas, las frases manidas y las repeticiones innecesarias, así como todas las vaguedades y disparates en general. Pero a menudo podemos albergar dudas sobre el efecto de una palabra o una frase, y necesitamos normas en las que podamos confiar cuando nos falle el instinto. Creo que las siguientes reglas abarcarán la mayoría de los casos:

1. Nunca emplees una metáfora, símil u otro elemento del discurso que suelas ver impreso.

2. Nunca uses una palabra larga si puedes usar en su lugar una corta.

3. Si puedes suprimir una palabra, hazlo siempre.

4. Nunca uses la voz pasiva cuando puedas emplear la activa.

5. No uses jamás una expresión extranjera, un término científico o propio de otra jerga si puedes encontrar un equivalente en el inglés cotidiano.

6. Sáltate siempre cualquiera de estas reglas en lugar de decir algo disparatado.

Estas normas parecen elementales, y lo son, pero exigen un profundo cambio de actitud a cualquiera que se haya acostumbrado a escribir en el estilo hoy de moda. Uno podría respetar todas esas normas y aun así escribir un inglés lamentable, pero no podría escribir el tipo de cosas que hemos visto en los cinco ejemplos ofrecidos al comienzo de este artículo.

No me he ocupado aquí del uso literario de la lengua, sino tan solo del lenguaje como un instrumento para expresar el pensamiento, en lugar de ocultarlo o impedirlo. Stuart Chase y otros han estado cerca de afirmar que todas las palabras abstractas carecen de sentido, y han contemplado esto como un pretexto para abogar por un tipo de quietismo político. Dado

que no sabemos qué es el fascismo, ¿cómo vamos a poder luchar contra él? No es necesario comulgar con disparates como este, pero sí debemos reconocer que el caos político actual está ligado a la corrupción del lenguaje, y que probablemente podemos mejorar un poco la situación si comenzamos por el terreno de la lengua. Si simplificamos nuestro inglés, nos liberaremos de las peores locuras de la ortodoxia. Deberemos evitar todas las jergas consideradas obligatorias, y cuando hagamos una observación estúpida, la estupidez de la misma será obvia, incluso para nosotros mismos. El lenguaje político —y, con sus diferencias, esto es válido para todos los partidos políticos, desde los conservadores hasta los anarquistas— está diseñado para hacer que las mentiras suenen veraces, y el asesinato, respetable, y para dar una apariencia de solidez al puro humo. Uno no puede cambiar todo esto de golpe, pero al menos puede modificar sus propios hábitos, y, de vez en cuando, si se mofa con la suficiente fuerza, puede incluso hacer que alguna expresión manida e inútil —como *caldo de cultivo*, *bota militar*, *talón de Aquiles*, *prueba de fuego*, *verdadero infierno* y demás basura verbal— acabe en el vertedero que le corresponde.

PRINCIPIOS DE LA NEOLENGUA
(Apéndice de *1984*)

La neolengua era el idioma oficial de Oceanía,[1] y había sido ideada para satisfacer las necesidades ideológicas del Ingsoc, o socialismo inglés. En el año 1984 aún no había nadie que la empleara como única forma de comunicación, ya fuese oral o escrita. Los editoriales de *The Times* estaban escritos en la neolengua, pero redactarlos era un *tour de force* que solo un especialista podía llevar a cabo. Se esperaba que esta lengua terminase reemplazando a la vieja (o inglés estándar, como diríamos hoy) en torno al año 2050. Mientras tanto, ganaba terreno sin cesar, y todos los miembros del Partido tendían cada vez más a usar palabras y construcciones gramaticales de la neolengua en el habla cotidiana. La versión en uso en 1984, plas-

1. Uno de los tres grandes y poderosos Estados en los que se divide la Tierra en *1984*. Los otros dos son Eurasia y Asia Oriental.

mada en las ediciones novena y décima del *Diccionario de neolengua*, era provisional y contenía muchas palabras superfluas y expresiones arcaicas que debían ser suprimidas más adelante. Pero aquí nos concierne la versión perfeccionada y definitiva, tal como está recogida en la undécima edición del *Diccionario.*

El propósito de la neolengua no era solo proporcionar una forma de expresión a la cosmovisión y los hábitos mentales de los seguidores del Ingsoc, sino también hacer que las demás formas de pensamiento resultaran imposibles. Se pretendía que una vez adoptada esta lengua de manera definitiva y olvidada la vieja, cualquier pensamiento herético —es decir, cualquier pensamiento que divergiera de los principios del Ingsoc— fuese literalmente inconcebible, al menos en la medida en que el pensamiento depende de las palabras. El vocabulario de la neolengua estaba construido de tal manera que cualquier miembro del Partido pudiese darle a un término el sentido preciso y a menudo muy sutil que apropiadamente deseaba darle, al tiempo que excluía todos los demás sentidos y la posibilidad de llegar a ellos por métodos indirectos. Esto se logró en parte mediante la invención de nuevas palabras, pero sobre todo eliminando las palabras indeseables y despojando a las restantes de sus significa-

dos no ortodoxos y, en la medida de lo posible, de todos sus significados secundarios. Por ejemplo, todavía existía la palabra *libre*, pero solo podía emplearse en enunciados como «Este perro está libre de pulgas» o «Este campo está libre de malas hierbas». Era imposible emplearla con su antiguo sentido de «políticamente libre» o «intelectualmente libre», puesto que la libertad política y la intelectual ya no existían ni siquiera como conceptos y, por lo tanto, eran por fuerza indescriptibles. Además, dejando al margen la supresión de palabras definitivamente heréticas, la reducción del vocabulario se consideraba un fin en sí mismo, de modo que no se permitía que sobreviviera ninguna palabra de la que se pudiera prescindir. La neolengua no estaba diseñada para ampliar el alcance del pensamiento, sino para reducirlo, y este propósito se lograba de manera indirecta, reduciendo al mínimo las palabras disponibles.

La neolengua se basaba en el idioma inglés tal como lo conocemos hoy, aunque muchas frases, incluso cuando no contenían palabras recién creadas, serían apenas inteligibles para un angloparlante de nuestros días. Las palabras de esta lengua se dividían en tres clases distintas, conocidas como vocabulario A, vocabulario B (formado por palabras compuestas)

y vocabulario C. Sería más sencillo analizar cada clase por separado, pero abordaremos las peculiaridades gramaticales en la sección dedicada al vocabulario A, ya que las mismas reglas son válidas para las tres categorías.

El vocabulario A. Constaba de las palabras necesarias para la vida cotidiana, para cosas como comer, beber, trabajar, vestirse, subir y bajar escaleras, conducir vehículos, cuidar el jardín, cocinar, etc. Estaba compuesto casi en su totalidad por palabras que ya tenemos hoy, como *golpear, correr, perro, árbol, azúcar, casa* o *campo,* pero en comparación con el vocabulario inglés actual, el número de estas palabras era muy reducido, y sus significados eran mucho más rígidos. Habían sido purgadas de todas las ambigüedades y los matices de significado. En la medida de lo posible, una palabra de esta clase era simplemente un sonido entrecortado que expresaba un concepto claramente entendido. Habría sido completamente imposible usar el vocabulario A con propósitos literarios, o para una discusión política o filosófica. Estaba concebido tan solo para expresar pensamientos simples e intencionales, que generalmente implicaban objetos concretos o acciones físicas.

La gramática de la neolengua tenía dos peculiaridades destacadas. La primera consistía en que las diferentes partes de la frase eran casi completamente intercambiables. Cualquier palabra (y, en principio, esto valía incluso para las muy abstractas como *si* o *cuando)* podía usarse como verbo, sustantivo, adjetivo o adverbio. Cuando un verbo y un sustantivo tenían la misma raíz, no había diferencia alguna entre ellos, norma que implicaba en sí la destrucción de muchas expresiones arcaicas. Por ejemplo, la palabra *thought (pensamiento)* no existía en la neolengua. Había sido sustituida por *think (pensar),* que funcionaba como sustantivo y como verbo. No se seguía aquí ningún principio etimológico: en algunos casos se conservaba el sustantivo original y en otros, el verbo. Incluso cuando un sustantivo y un verbo de significado similar no estaban conectados etimológicamente, solía eliminarse uno de los dos. Así, no existía la palabra *cut (cortar),* ya que su significado estaba suficientemente cubierto por el sustantivo-verbo *knife (cuchillo, acuchillar).* Los adjetivos se formaban añadiendo el sufijo *-ful (lleno de, tendente a, capaz de)* al sustantivo-verbo, y los adverbios añadiendo *-wise (en relación con, a la manera de).* Por ejemplo, *speedful* significaba *rapid (veloz)* y *speedwise* quería decir *quickly* (veloz-

mente). Se conservaron algunos de nuestros adjetivos actuales, como *good, strong, big, black, soft (bueno, fuerte, grande, negro, suave),* pero su número total era muy reducido. Apenas eran necesarios, ya que casi cualquier significado adjetival podía expresarse añadiendo *-ful* a un sustantivo-verbo. No se conservó ninguno de los adverbios ahora existentes, salvo unos pocos que ya terminaban en *-wise.* Así, la palabra *well (bien)* fue sustituida por *goodwise.*

Además, cualquier palabra —y esto, una vez más, se aplicaba en principio a todas las palabras del idioma— podía convertirse en su antónima añadiendo el prefijo *un-*, o enfatizarse mediante el prefijo *plus-* o, para un mayor énfasis aún, *doubleplus-*. Así, *uncold* (no frío) significaba *warm (cálido, caliente),* mientras que *pluscold* y *doublepluscold* significaban, respectivamente, *very cold* y *superlatively cold (muy frío* y *superlativamente frío).* También era posible, como en el inglés actual, modificar el significado de casi cualquier palabra mediante prefijos preposicionales como *ante-*, *post-*, *up-*, *down-*, etc. Se descubrió que con estos métodos se podía llevar a cabo una gran reducción del vocabulario. Dada la existencia de la palabra *good,* no había necesidad alguna de una palabra como *bad,* ya que el significado requerido se

expresaba igualmente bien —de hecho, mejor— con *ungood.* Lo único necesario, cuando dos palabras formaban un par natural de opuestos, era decidir cuál de ellas suprimir. *Dark (oscuro),* por ejemplo, podría ser reemplazado por *unlight (no claro),* o *light* por *undark,* según se prefiriese.

El segundo rasgo distintivo de la gramática de la neolengua era su regularidad. Con algunas excepciones mencionadas a continuación, todas las inflexiones seguían las mismas reglas. Así, en todos los verbos el pasado y el participio de pasado eran iguales y terminaban en *-ed.* El pasado de *steal* era *stealed,* el de *think, thinked,* y así sucesivamente, de modo que fueron abolidas todas las formas como *swam, gave, brought, spoke, taken,* etc. Todos los plurales se formaban añadiendo *-s* o *-es,* según el caso. Los plurales de *man, ox, life* eran *mans, oxes, lifes* (en lugar de nuestros actuales *men, oxen, lives).* La comparación de adjetivos se hacía invariablemente añadiendo *-er, -est (good, gooder, goodest);* es decir, se suprimieron *more* y *most* y todas las formas irregulares.

Las únicas clases de palabras en las que se permitían las inflexiones irregulares eran los pronombres, los relativos, los adjetivos demostrativos y los verbos auxiliares. Todos estos seguían las normas an-

tiguas. Pero el pronombre *whom (a quién, de quien, del cual)* había sido descartado como innecesario, y lo mismo había ocurrido con los tiempos verbales *shall* y *should* (empleados hoy para dar una opinión, hacer una sugerencia, expresar una preferencia o una idea), pues se consideraba que sus usos estaban cubiertos por *will* y *would* (que expresan mayor determinación o consentimiento). Había también ciertas irregularidades en la formación de palabras, irregularidades debidas a la necesidad de un habla rápida y fácil. Cualquier palabra difícil de pronunciar, o que podía ser escuchada incorrectamente, se consideraba mala *ipso facto;* por lo tanto, en aras de la eufonía, a veces se añadían letras a algunas palabras o se conservaban arcaísmos. Pero esta necesidad afloraba sobre todo en el vocabulario B —más adelante aclararé por qué se le daba tanta importancia a la facilidad de pronunciación.

El vocabulario B. Este vocabulario consistía en palabras que habían sido construidas deliberadamente con fines políticos: es decir, palabras que no solo tenían en todos los casos implicaciones políticas, sino que además estaban destinadas a imponer la actitud mental deseable a la persona que las empleaba. Sin una comprensión completa de los principios del Ingsoc,

era difícil usar estas palabras correctamente. En algunos casos podían traducirse a la vieja lengua, o incluso a palabras tomadas del vocabulario A, pero ello solía requerir una larga paráfrasis y siempre implicaba la pérdida de ciertos matices. Las palabras B eran una especie de taquigrafía verbal, pues a menudo englobaban toda una gama de ideas en unas pocas sílabas, y, al mismo tiempo, eran más precisas y contundentes que el lenguaje ordinario.

Estos términos eran siempre compuestos.[2] Consistían en dos o más palabras, o partes de palabras, unidas en una forma fácil de pronunciar. La amalgama resultante era siempre un sustantivo-verbo, cuya inflexión seguía las normas ordinarias. Así, existía la palabra *goodthink*, que significaba de manera aproximada *ortodoxia* o, si se optaba por considerarla como un verbo, *pensar de manera ortodoxa.* Su inflexión era la siguiente: el pasado y el participio de pasado eran *goodthinked;* el participio presente, *good-thinking;* el adjetivo, *goodthinkful;* el adverbio, *goodthinkwise;* el sustantivo verbal, *goodthinker*.

2. Por supuesto, en el vocabulario A había también palabras compuestas, como *speakwrite (hablaescribe)*, pero eran simples abreviaciones convenientes que carecían de cualquier matiz ideológico. *(N. del A.)*

Tales términos no se creaban según un método etimológico. Las palabras de las que se componían podían ser cualquier parte del discurso, y podían colocarse en cualquier orden y mutilarse de cualquier manera que las hiciera fáciles de pronunciar y, al mismo tiempo, indicase su derivación. Por ejemplo, en la palabra *crimethink (crimen del pensamiento), think* ocupaba el segundo lugar, mientras que en *thinkpol (Policía del Pensamiento)* ocupaba el primero, al tiempo que *police* había perdido la segunda sílaba. Debido a la gran dificultad de conseguir la eufonía, las formaciones irregulares eran más comunes en el vocabulario B que en el A. Por ejemplo, las formas adjetivas de *Minitrue, Minipax* y *Miniluv* (*Ministerio de la Verdad, Ministerio de la Paz* y *Ministerio del Amor)* eran respectivamente *Minitruthful, Minipeaceful* y *Minilovely,* tan solo porque *-trueful, -paxful* y *-loveful* eran un poco difíciles de pronunciar. En principio, sin embargo, todas las palabras B podían flexionarse, y todas lo hacían del mismo modo.

Algunas de estas palabras tenían significados muy sutiles, apenas inteligibles para cualquiera que no dominara por completo el idioma. Consideremos, por ejemplo, la típica frase de un editorial de *The Times:* «Oldthinkers unbellyfeel Ingsoc». La traducción

más corta que se podría hacer a la vieja lengua sería: «Aquellos cuyas ideas se formaron antes de la Revolución no pueden albergar una completa comprensión emocional de los principios del socialismo inglés». Pero esta no es una traducción apropiada. En primer lugar, para comprender el significado completo de la frase citada en la neolengua, uno debía tener una idea clara de lo que se entendía por Ingsoc. Además, solo una persona profundamente ligada al Ingsoc podría apreciar toda la fuerza de la palabra *bellyfeel,* que implicaba una aceptación ciega y entusiasta, muy difícil de imaginar hoy; y lo mismo vale para la palabra *oldthink (viejo pensamiento),* que estaba inextricablemente ligada a la idea de maldad y degeneración. Pero la función especial de ciertas palabras de la neolengua como *oldthink* no era tanto expresar significados como destruirlos. Estas palabras, necesariamente escasas, habían visto ampliados sus significados hasta contener dentro de sí baterías enteras de palabras que —al estar suficientemente cubiertas por un solo término comprensivo— ahora podían ser desechadas y olvidadas. La mayor dificultad que afrontaban los compiladores del *Newpeak Dictionary* no era inventar nuevas palabras, sino más bien asegurar su significado una vez las habían inventado; es decir, determinar qué

rangos de palabras quedaban abolidos por la existencia de una nueva palabra.

Como ya hemos visto en el caso de la palabra *libre,* ciertos términos que alguna vez habían tenido un significado herético se conservaban a veces por conveniencia, pero siempre purgados de sus significados indeseables. Muchas otras palabras, como *honor, justicia, moralidad, internacionalismo, democracia, ciencia* y *religión*, simplemente habían dejado de existir. Unos cuantos términos generales las englobaban y, por lo tanto, las habían abolido. Por ejemplo, todas las palabras ligadas a los conceptos de libertad e igualdad estaban contenidas en un único término, *crimethink, crimen del pensamiento,* mientras que todas las ligadas a los conceptos de objetividad y racionalismo estaban contenidas en *oldthink, viejo pensamiento.* Una mayor precisión habría sido peligrosa. Lo que se requería de un miembro del Partido era una perspectiva similar a la de los antiguos hebreos que sabían, sin saber mucho más, que todas las naciones excepto la suya adoraban a «falsos dioses». No necesitaba saber que estos dioses se llamaban Baal, Osiris, Moloch o Ashtaroth; probablemente, cuanto menos supiera sobre ellos, mejor para su ortodoxia. Conocía a Jehová y sus mandamientos y, por lo tanto, sabía que to-

dos los dioses con otros nombres u atributos eran falsos dioses. De manera similar, el miembro del Partido sabía cuál era la conducta correcta y, en términos muy vagos y generales, qué tipos de desviación de la misma eran posibles. Su vida sexual, por ejemplo, estaba totalmente regulada por dos palabras: *sexcrime (crimen sexual)* y *goodsex (castidad). Sexcrime* cubría todas las desviaciones sexuales: la fornicación, el adulterio, la homosexualidad y otras perversiones, así como las relaciones sexuales normales practicadas sin otro fin que el placer. No era necesario nombrar tales desviaciones, ya que todas eran igualmente delictivas y, en principio, todas estaban penadas con la muerte. En el vocabulario C, que constaba de palabras científicas y técnicas, podía ser necesario dar nombres específicos a ciertas aberraciones sexuales, pero el ciudadano corriente no necesitaba tales términos. Sabía qué se entendía por *goodsex* (es decir, el coito normal entre el hombre y la mujer, con el único propósito de engendrar hijos, y sin placer físico por parte de la mujer); todo lo demás era un crimen sexual. En la neolengua, rara vez era posible seguir un pensamiento herético allende la percepción de que era herético; no existían las palabras necesarias para poder ir más allá.

Ninguna palabra del vocabulario B era ideológicamente neutra. Muchas eran eufemismos. Por ejemplo, *joycamp (campo del placer,* esto es, de trabajos forzados) o *Minipax* (Ministerio de la Paz, es decir, Ministerio de la Guerra) significaban casi exactamente lo contrario de lo que parecían significar. Por otro lado, algunas palabras mostraban una comprensión franca y desdeñosa de la verdadera naturaleza de la sociedad oceánica. Un ejemplo es *prolefeed (alimento de los proles),* que hacía referencia el entretenimiento basura y las noticias falsas que el Partido proporcionaba a las masas. Y otras palabras eran ambivalentes, pues tenían una connotación positiva cuando hacían referencia al Partido y negativa cuando se aplicaban a los enemigos de este. Pero además había un gran número de palabras que a primera vista parecían meras abreviaturas, y que derivaban su carácter ideológico no de su significado, sino de su estructura.

En la medida de lo posible, todo lo que tenía o podía tener un significado político de cualquier tipo era encajado en el vocabulario B. El nombre de toda organización, grupo de personas, doctrina, país, institución o edificio público se reducía invariablemente a la forma familiar; es decir, a una sola palabra fácil de pronunciar y con el menor número de sílabas nece-

sario para preservar la derivación original. En el Ministerio de la Verdad, por ejemplo, el Departamento de Registros donde trabajaba Winston Smith se llamaba *Recdep*, mientras que el Departamento de Ficción y el Departamento de Programas se llamaban de manera respectiva *Ficdep* y *Teledep*, y así sucesivamente. Esto no se hacía tan solo con el objeto de ahorrar tiempo: ya en las primeras décadas del siglo xx las palabras y frases abreviadas habían sido uno de los rasgos característicos del lenguaje político; y se había visto que la tendencia a emplear abreviaturas de este tipo era más marcada en los países y las organizaciones totalitarios. Algunos ejemplos de estas palabras son *nazi*, *Gestapo*, *Comintern*, *Inprecor*, *Agitprop*. Al principio, la práctica se había adoptado de manera instintiva, pero en la neolengua tenía un propósito consciente. Se entendía que al abreviar así un nombre se reducía y alteraba sutilmente su significado, eliminando la mayoría de las connotaciones que de otro modo se aferrarían a él. Por ejemplo, la expresión *Internacional Comunista* evoca una imagen compuesta de fraternidad humana universal, banderas rojas, barricadas, Karl Marx y la Comuna de París. Pero su abreviatura, es decir, *Comintern*, sugiere simplemente una organización muy unida y un cuerpo doctrinal

bien definido. Se refiere a algo que es casi tan fácilmente reconocible, y tan limitado en su propósito, como una silla o una mesa. *Comintern* es una palabra que se puede pronunciar casi sin pararse a pensar, mientras que *Internacional Comunista* es una expresión en la que uno tiene que detenerse, al menos por un momento. Del mismo modo, las connotaciones de una palabra como *Minitrue* son menores y más controlables que las de Ministerio de la Verdad. Esto explica no solo la costumbre de abreviar siempre que era posible, sino también el cuidado casi exagerado de que cada palabra fuera fácil de pronunciar.

En la neolengua, la eufonía pesaba más que cualquier otra consideración que no fuera la precisión del significado. Siempre se sacrificaba la regularidad de la gramática cuando parecía necesario. Y con razón, ya que lo que se requería, sobre todo con fines políticos, eran palabras breves, recortadas, de significado inequívoco, que pudieran pronunciarse con rapidez y que despertaran el mínimo de ecos en la mente del hablante. Estas palabras del vocabulario B incluso adquirían mayor fuerza por el hecho de que casi todas eran muy parecidas. De modo casi invariable, eran palabras de dos o tres sílabas, con el acento distribuido indistintamente entre la primera sílaba y la última

(goodthink, Minipax, prolefeed, sexcrime, joycamp, Ingsoc, bellyfeel, thinkpol, etc.). Su empleo hacía que el habla se convirtiese en un parloteo a la vez entrecortado y monótono. Y esto era exactamente lo que se buscaba. La intención era que el discurso, en especial sobre cualquier tema que no fuera ideológicamente neutro, resultara lo más independiente posible de la conciencia. Sin duda, en la vida cotidiana era necesario, al menos a veces, reflexionar antes de hablar, pero un miembro del Partido llamado a emitir un juicio político o ético tenía que poder farfullar las opiniones correctas tan automáticamente como una ametralladora dispara las balas. Su adoctrinamiento lo capacitaba para ello y la lengua le proporcionaba un instrumento casi infalible, al tiempo que la textura de las palabras, con su sonido áspero y cierta fealdad intencionada que concordaba con el espíritu del Ingsoc, le ayudaba aún más en el proceso.

También ayudaba el hecho de tener muy pocas palabras entre las que elegir. En comparación con el nuestro, el vocabulario de la neolengua era muy reducido, y constantemente se ideaban nuevas formas de reducirlo más aún. De hecho, la neolengua difería de la mayoría de los demás idiomas en que su vocabulario se hacía más pequeño en vez de más grande

cada año. Cada reducción era un logro, ya que cuanto menor era el campo de elección, menor era también la tentación de pensar. En última instancia, se esperaba que el habla articulada saliera de la laringe sin intervención alguna los centros superiores del cerebro. Este objetivo se admitía con franqueza en la palabra *duckspeak*, que significa *hablar, esto es graznar, como un pato.* Al igual que otras palabras del vocabulario B, *duckspeak* tenía un significado ambivalente: si las opiniones graznadas eran ortodoxas, no implicaba más que elogios, y cuando *The Times* se refería a uno de los oradores del Partido como un *doubleplusgood duckspeaker*, le ofrecía un cálido y valioso cumplido.

El vocabulario C. Este vocabulario complementaba a los otros dos y consistía por entero en términos científicos y técnicos. Estos se parecían a los empleados hoy, y se habían construido a partir de las mismas raíces, pero se había tenido el habitual cuidado de definirlos rígidamente y despojarlos de significados indeseables. Seguían las mismas normas gramaticales que los términos de los otros dos vocabularios. Muy pocas palabras C eran empleadas con frecuencia en el habla cotidiana o en el discurso político. Cualquier trabajador científico o técnico podía encontrar todas

las palabras que necesitaba en la lista dedicada a su propia especialidad, pero solo tenía un conocimiento muy superficial de las otras listas. Únicamente unos pocos términos eran comunes a todas las listas, y no había vocabulario que expresara la función de la ciencia como un hábito mental o un método de pensamiento, con independencia de sus ramas particulares. Es más, no existía una palabra para referirse a la ciencia, pues todos sus significados quedaban suficientemente englobados en la palabra Ingsoc.

Se sigue de lo que hemos visto hasta aquí que, en la neolengua, la expresión de opiniones poco ortodoxas, por encima de un nivel muy bajo, era casi imposible. Por supuesto, cabía la posibilidad de pronunciar herejías de un tipo muy tosco, una especie de blasfemia. Se podía decir, por ejemplo, «el Gran Hermano es no bueno». Pero tal afirmación, que para los oídos ortodoxos era evidentemente absurda, no podría haber sido sostenida mediante un argumento razonado, porque no se disponía de las palabras necesarias. Las ideas contrarias al Ingsoc solo podían albergarse de una forma vaga y sin palabras; solo podían articularse en términos muy generales que agrupaban y condenaban grupos enteros de herejías sin definirlas. De he-

cho, uno tan solo podía usar la neolengua con fines poco ortodoxos si traducía ilegítimamente algunas de las palabras a la vieja lengua. Por ejemplo, «todos los hombres son iguales» era una frase posible en la neolengua, pero solo en el mismo sentido en el que en la vieja lengua era posible decir «todos los hombres son pelirrojos». No contenía ningún error gramatical, pero expresaba una falsedad manifiesta: que todos los hombres tienen la misma estatura, el mismo peso o la misma fuerza. El concepto de igualdad política había dejado de existir y, en consecuencia, esta acepción de la palabra *igual* había sido eliminada. En 1984, cuando la vieja lengua era todavía el medio normal de comunicación, existía teóricamente el peligro de que al usar palabras de la neolengua uno pudiera recordar sus significados originales. Pero en la práctica, evitar esto resultaba fácil para cualquier persona versada en el doble pensamiento, y en un par de generaciones tal *lapsus* sería ya imposible. Quien en el futuro creciese teniendo como único idioma la neolengua no sabría que la *igualdad* había tenido en otro tiempo una acepción política, o que *libre* había significado entre otras cosas «intelectualmente libre», del mismo modo que quien nunca hubiese oído hablar del ajedrez ignoraría los significados que en él tienen la reina y la torre. A

esa persona criada en la neolengua le sería imposible cometer muchos crímenes y desviaciones hoy conocidos, simplemente porque para entonces ya no tendrían nombre y, por lo tanto, serían inimaginables. Y era de esperar que, con el paso del tiempo, las características distintivas de la neolengua fuesen cada vez más marcadas: sus palabras serían cada vez menos, sus significados, cada vez más rígidos, y la posibilidad de emplearlas de forma indebida, cada vez menor.

Cuando la vieja lengua hubiera sido reemplazada de una vez por todas, se habría cortado el último vínculo con el pasado. En 1984, la historia ya había sido reescrita, pero todavía quedaban fragmentos dispersos, e imperfectamente censurados, de la literatura del pasado, y mientras uno conservase el conocimiento de la vieja lengua aún tenía la capacidad de leerlos. Pero en el futuro, tales fragmentos, incluso si sobrevivían, serían ininteligibles e intraducibles. Era imposible traducir cualquier pasaje de la vieja lengua a la neolengua a menos que se refiriera a algún proceso técnico o a alguna acción cotidiana muy simple, o a menos que tal pasaje mostrase ya una tendencia a la ortodoxia vigente. En la práctica, esto significaba que era imposible traducir en su totalidad cualquier libro escrito aproximadamente antes de 1960. La literatura

prerrevolucionaria solo podía someterse a una traducción ideológica, es decir, a la alteración tanto del fondo como de la forma. Tomemos, por ejemplo, el conocido pasaje de la *Declaración de Independencia:*

> Sostenemos como evidentes en sí estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que su creador los ha dotado de ciertos derechos inalienables, entre los que se encuentran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar tales derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, los cuales derivan sus poderes del consentimiento de los gobernados, y que cuandoquiera que una forma de gobierno se vuelva perjudicial para tales fines, el pueblo tiene derecho a modificarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno...

Habría sido imposible traducir esto a la neolengua conservando el sentido del texto original. La traducción más aproximada consistiría en comprimir todo el pasaje en una sola palabra: *crimethink,* crimen del pensamiento. Es decir, una traducción completa únicamente podría ser una traducción ideológica, en la que las palabras de Jefferson se transformarían en un panegírico sobre el gobierno absoluto.

De hecho, gran parte de la literatura del pasado ya estaba siendo transformada de esta manera. Por razones de prestigio se había considerado oportuno preservar la memoria de ciertas figuras históricas, pero alineando sus logros con la filosofía del Ingsoc. Por lo tanto, escritores como Shakespeare, Milton, Swift, Byron y Dickens estaban en proceso de traducción. Cuando la tarea se hubiera completado, se destruirían sus escritos originales junto con todo lo demás que hubiese sobrevivido de la literatura del pasado. Estas traducciones eran una tarea lenta y difícil, y no se esperaba que estuvieran terminadas antes de la primera o segunda década del siglo XXI. Además, había mucha literatura meramente utilitaria —manuales técnicos indispensables y cosas por el estilo— que debía ser tratada de la misma manera. Así pues, fundamentalmente para dar tiempo a esta tarea preliminar de traducción, se fijó la adopción final de la neolengua para una fecha tan tardía como el año 2050.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Acland, Richard, 45
Ashtaroth, 102

B

Byron, Lord, 10, 113

C

Chase, Stuart, 86
Chaucer, Geoffrey, 10
Churchill, Winston, 48, 55-56

D

Defoe, Daniel, 31
Dickens, Charles, 113
Duff Cooper, Alfred, 47

E

Eliot, T. S., 49

H

Hitler, Adolf, 47, 52
Hogben, Lancelot, 63, 76

J

Jefferson, Thomas, 112
Jehová, 102

L

Laski, Harold, 49-50, 52, 63, 76
Lloyd George, David, 52, 56

M

Marx, Karl, 105
Milton, John, 10, 63, 113
Moloch, 102
Mólotov, Viacheslav Mijáilovich, 38
Mussolini, Benito, 47

P

Pétain, Philippe, 72
Priestley, J. B., 55

S

Shakespeare, William, 10, 31, 65, 113
Smith, Winston, 105
Swift, Jonathan, 24, 113

V

Victoria (reina), 25

W

Wavell, Archibald, 43

ESTA SEGUNDA REIMPRESIÓN
DE «LA CORRUPCIÓN DEL LENGUAJE»,
DE GEORGE ORWELL
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN BARCELONA
EN EL MES DE NOVIEMBRE
DE 2024

«El lenguaje político está diseñado para hacer que las mentiras suenen veraces, [...] y para dar una apariencia de solidez al puro humo.»

«Si el Líder dice que este o aquel hecho "jamás ha tenido lugar", entonces jamás ha tenido lugar. Si dice que dos y dos son cinco, entonces dos y dos son cinco.»

En su obra ensayística y narrativa, George Orwell abordó en diversos momentos el estrecho vínculo existente entre la degradación del lenguaje, por un lado, y, por otro, la propaganda, la mentira y la manipulación política, que hallan su máxima expresión en los regímenes autoritarios y totalitarios.

Siguiendo ese hilo conductor, reunimos en este volumen los principales textos del autor sobre la materia, entre los que destacan «La política y la lengua inglesa» y el escrito sobre la neolengua publicado como apéndice de *1984*.

Se trata de una antología que pone de relieve la gran lucidez y el carácter visionario de Orwell, quien resulta imprescindible para comprender nuestro tiempo.

«Él, a través de su compromiso con el lenguaje como compañero de la verdad, nos mostró que las "opiniones" en realidad no cuentan; que lo importante no es lo que se piensa, sino *cómo* se piensa; y que la política tiene una trascendencia relativa, mientras que los principios logran perdurar, al igual que lo hacen los pocos individuos irreductibles que se mantienen fieles a ellos.» Christopher Hitchens, *Por qué es importante Orwell*